

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 51 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 31 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

Las sesiones que en estos días está celebrando el Cuerpo legislativo francés son dignas de llamar la atención por más de un concepto. Uno de estos, el más notable de todos, es la descomposición que se va verificando en la antigua mayoría, antes tan fiel, tan adicta, tan sumisa al sistema imperial. Hoy, esta mayoría se presenta un poco fría, dudosa, algo desconfiada como lo demuestran la multitud de enmiendas que se ha atrevido tímidamente a presentar a algunos párrafos de la contestación al discurso del Trono. Ya no son aquellos diputados, silenciosos, esclavos de la consigna, prontos a seguir sin examen las órdenes de sus jefes. Todavía votan y obedecen, es verdad, pero no sin dirigir sus observaciones a sus guías, manifestando sus opiniones, hablando antes de votar.

La causa de este cambio es fácil de conocer. El miedo de la revolución y del socialismo había forzado a todos a agruparse en torno del Emperador, a quien se creía el único capaz de defender al Estado contra el desorden. Napoleón ha explotado hábilmente este miedo apoyándose al mismo tiempo sobre las dos grandes fuerzas conservadoras de Francia como de todo Estado: los católicos y el ejército. Este que veía removerse las glorias militares del primer Imperio, y aquellos que esperaban, hasta cándidamente por desgracia, una protección enérgica y decidida de sus derechos religiosos, han apoyado con todas sus fuerzas al régimen imperial. Estos sentimientos se han ido modificando. A medida que el recuerdo de los desórdenes de 1818 se ha ido alejando, ha desaparecido, ó por lo menos se ha enfriado mucho la persuasión de que solo el Emperador Napoleón podía salvar a Francia de los horrores de la demagogia. Los católicos por otra parte no han podido ver sin profundo desagrado la conducta del Soberano en los asuntos de Italia, donde hubiera podido intervenir eficazmente en favor de los derechos de la Santa Sede. ¿Cómo era posible que los católicos de Francia no empezasen a mirar con desconfianza un Gobierno que ha sido en cierto modo causa ó cómplice de los atentados de que ha sido víctima su padre y jefe espiritual?

El pueblo francés en general, ve que a pesar de las riquísimas fuentes de prosperidad de la nación, la deuda se ha aumentado considerablemente, y que sus tesoros y sus hijos se consumen en expediciones lejanas y descabelladas, cuya utilidad no ha podido todavía comprender.

Napoleón observa estos síntomas de disgusto, y no puede ver sin ira la actitud fría y vacilante de los diputados que antes le estaban tan ciegamente adictos. Una correspondencia de París trae sobre esto noticias muy significativas. El jueves último hubo una gran comida en las Tuillerías, á que asistieron algunos miembros de las Cámaras. La conversación recayó naturalmente sobre los incidentes de la última sesión, y el Emperador se manifestó claramente disgustado de las enmiendas apoyadas por individuos de la mayoría que calificó de actos de oposición, llegando hasta pronunciar con energía estas palabras: «Si el Cuerpo colegislador persevera en ese camino, me verá obligado a poner allí orden.»—Hablando después particularmente con un diputado, dejó escapar esta frase tan explícita como buena: «Yo no conozco más que dos colores: el verde ó el rojo.»—Es decir, que S. M. imperial no quiere amigos que razonen, sino partidarios serviles y ciegos que lo sigan, aunque sea al abismo. Esto nos lo sabemos hace tiempo.

Y vamos con otro César.

Los diarios oficiales del Imperio ruso referían no há mucho tiempo, que á las felicitaciones dirigidas al Czar por el general moscovita que manda en Polonia, con ocasión de la entrada de año, el Emperador ruso le había contestado por el telégrafo dándole las gracias, en que se leía esta frase: «Dios bendiga vuestros esfuerzos por la organización y rusificación de los países confiados á vuestra administración.»

La organización y la rusificación, es decir, la

ruina, el exterminio del país y la persecución más furiosa y cruel contra todo lo que no sea cismático. ¡He aquí los esfuerzos del general gobernador, sobre los cuales invoca sacrilegamente las bendiciones del cielo el piadoso Emperador moscovita!

Para que se vea con cuánta razón hablamos así y por qué hemos traído el recuerdo de esas mutuas felicitaciones, vamos á referir alguno que otro hecho de entre los muchos de este género que leemos en una correspondencia polaca.

Un sacerdote católico há sido acusado de haber dicho en una ceremonia fúnebre que había un refugio que no podría Rusia prohibir á Polonia: ¡la muerte! Pues bien, ¿lo creerán nuestros lectores? El sacerdote há sido arrestado, y aunque el hecho mismo estaba bien probado, ha sido deportado á la Siberia.

Pero dejemos estos hechos particulares, de los cuales podríamos referir muchos y recientes, y vamos á los generales, que son los que mejor prueban la odiosísima tiranía y el infernal sistema con que el Gobierno ruso obra contra la infeliz y católica Polonia.

Ya hemos dicho en otra ocasión que la lengua rusa há sido declarada obligatoria en todas las escuelas. Ahora se ha dispuesto que los catecismos escritos en ruso sean los únicos por donde los polacos aprendan su religión, y que no se permita rezar las oraciones ni aun la dominical en lengua polaca. Los que no sepan, pues, el *Padre nuestro* sino en polaco, tendrán que olvidarlo y aprenderlo en ruso, á menos que se escondan, y se escondan bien, donde ningún agente de la policía rusa pueda oírlos.

En el antiguo reino de Polonia todavía se tolera el idioma del país, pero véase otra trama de que se está valiendo el Gobierno del Czar para apartar por todos los medios al pueblo de esta costumbre. Se permite el uso de la lengua polaca, pero quíerele que se vista al menos á la rusa. Los funcionarios encargados de rusificar la enseñanza, no pudiendo hacerlo de un golpe, ni abolir completamente de la enseñanza los libros polacos han recurrido al medio de hacerlos imprimir en caracteres rusos. Los dos alfabetos ofrecen tales diferencias en sus signos, que viene á ser parecido á si se imprimiesen los libros españoles en caracteres griegos; y ni aun esto puede dar sino una idea muy incompleta de la dificultad. Pero esto no ha detenido á los encargados de la rusificación ó destrucción de Polonia. Esta invención no há menester que se pondere su odiosidad. El objeto es claro y evidente; quieren á toda costa que desaparezca hasta el recuerdo de que existió un reino católico llamado Polonia.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 21 DE MARZO DE 1866.

LA CUESTION DE LOS FERRO-CARRILES.

Por funesta que pudiera ser la emisión del descomunal empréstito que solicitan las compañías de ferro-carriles, y por injusto que en sí fuera el garantizar á unos capitalistas un interés de 6 por 100, á expensas de otros que perciben menor ganancia, hay algo mucho más grave y desastroso en su proyecto; y es su carácter eminentemente socialista.

Sentiríamos no expresarnos en esta materia con la claridad y exactitud debida, pues es uno de los puntos más importantes de la filosofía política.

En el orden social después de la religión y de la familia no há nada más sagrado que la propiedad.

El Gobierno no puede legítimamente gravarla con empréstitos ni contribuciones sino en la cantidad precisa para el logro del fin social.

Con tal motivo tiene derecho á exigir las sumas necesarias para la protección, para esa acción tutelar con que el Estado debe garantizar á los individuos sus derechos de conservación, de propiedad y de libertad. A esto circunscribire una conocida escuela la acción social, y por consiguiente la legitimidad del impuesto.

Nosotros creemos que además puede y debe el Estado contribuir en algunos casos al perfeccionamiento con cierto concurso activo, aun en el orden económico, pero es importantísimo tener siempre muy presente, para no trastornar la sociedad, que este concurso activo (procedente sólo cuando no alcanza la acción privada) debe circunscribirse estrictamente á procurar el bien público, el bien general, de una manera directa é inmediata; pues claro es que, en cierto sentido, toda utilidad reportada por uno de los asociados es en definitiva en beneficio de la sociedad.

En cuanto á los individuos ó corporaciones, el Estado ni debe ni puede garantizarles su bienestar, ni su prosperidad. En el orden económico, una vez protegida la propiedad por el Estado y favorecido, si se quiere, el desarrollo de la riqueza en general, cada uno trate, bajo su responsabilidad exclusiva, procurarse los medios de subsistir y enriquecerse.

Esquilmar á unos para enriquecer á otros sería un atentado á la propiedad que nadie menos que el Gobierno podría permitirse, porque precisamente el garantizar su inviolabilidad es uno de los fines primordiales de su institución; sería pleno socialismo; sería, en fin, esa barbarie con que la Providencia amenaza á los pueblos que renegando de sus dogmas prosigan lógicamente las quimeras del racionalismo, esa barbarie que, según decía el Sr. Bravo Murillo, en un discurso pronunciado hace ocho años, convertiría á las sociedades en hordas de «hombres robándose, matándose, despedazándose unos á otros como fieras del desierto y todos ellos pobres, todos indigentes, todos miserables.» pues «este cuadro no es una hipótesis gratuita, no es un resultado meramente posible sino seguro, cierto, inevitable del socialismo.»

Quitar á unos para dar á otros es reservado á Dios. En el orden social «nada se puede hacer» (decía también dicho Sr.) más que lo que hizo el fundador de nuestra Religión, Jesucristo; no se puede pasar de la doctrina de Jesucristo; no se puede pasar del Evangelio. Santificar la pobreza; Jesucristo la santificó; aconsejar y mandar al pobre la resignación y al rico la caridad; presentar en una imagen, en una parábola, la alrico avariento y orgulloso y al pobre que estaba debajo de la mesa recogiendo las migajas que se caían, y al uno pagando su orgullo con las penas perpetuas y al otro disfrutando el premio de su resignación en la gloria eterna. A más de esto no se puede aspirar; más que esto no se puede hacer.

Es indudable. Si alguien, pues, se equivoca en sus cálculos, y se pierde, llévelo con resignación cristiana: la sociedad no debe pagar sus desaciertos.

Si alguien es engañado y defraudado, persiga ante los tribunales de justicia á sus estafadores; y, si no le es posible probar el delito, resignese igualmente, porque la sociedad tampoco es responsable de la simplicidad ni del engaño.

Así todos abrirán los ojos para otra vez, y su ejemplo será lección provechosa.

Por último, si alguien, por una ó otra causa, se ve reducido á la indigencia, implore la caridad de sus hermanos. Hay hechos, y éste es uno de ellos, que salen del orden social para entrar en otro orden superior, en la esfera religiosa.

Ya lo oyen los interesados en ferro-carriles.

Y si tanta fuese por ahora su ruina y su desolación, pidan una limosna por el amor de Dios; y otra vez, antes de desprenderse de los capitales que vuelvan á reunir, mediten más los negocios y organicen mejor sus empresas.

No tienen derecho á más. A más de esto no se puede aspirar; más que esto no se puede hacer. Aun hay cierto radicalismo economista que ni esto concede.

Ya hemos manifestado, en nuestro anterior artículo, que los contribuyentes no se hallan en condiciones más favorables que los interesados en ferro-carriles; pero, aun cuando así fuera, nada habría más inicuo ni más funesto que saquearlos para mejorar la condición de estos.

Si hoy se quitara á los que tienen más para dar á los que tienen menos, ¿con cuánta mayor razón mañana se propendría cercenar á los que tienen para dar á los que no tienen? ¿Cómo podrían esperar los socialistas un precedente más favorable que invocar el día que (Dios no lo permita) tratan de poner por obra sus anárquicas y disolventes doctrinas? ¿Y qué precedente! Una vez sentado, una vez garantizado un interés hasta á los capitales consumidos en gaudes y francachelas, ¿qué exigencia, por absurda que plazca imaginarla, no podría hacerse? ¿Acaso puede haber algo más arbitrario?

No nos causaremos de insistir sobre el particular, pues conviene no haya lugar á la menor duda para juzgar con entero acierto. El bien público, único que justifica el concurso activo del Estado, sólo podrá invocarse, en último caso, respecto de las líneas que todavía no se han construido. Si el bien público exige su construcción y consta, de una manera perfecta, que nadie quiere obligarse á construirlas sin la garantía de un interés dado, entonces estará justificada.

Pero, respecto de las líneas construidas, ya no es el bien público, sino el bien de más ó menos particulares el interesado. Ya no puede tratarse de asegurar el bien general que resulta de

la existencia de estas vías de comunicación, sino del bien de varios particulares, que no ganan tanto como creyeron que iban á ganar, por haberse equivocado en sus cálculos ó por una gestión torpe, infiel ó negligente; que ni lo sabemos ni nos importa.

No há temor de que cese el servicio de las líneas. Sus productos cubren con notable exceso los gastos de explotación, dejando todavía un sobrante que repartir á los accionistas. Las quejas sólo provienen de que este sobrante no es tan grande como presupusieron las actuales compañías, y como prometieron.

El riesgo, por consiguiente, la catástrofe que tanto se vociferó se reducirá á que liquiden esas empresas que no pueden cumplir los compromisos contraídos ó promesas empeñadas; y se encarguen otras del servicio y de repartir el sobrante, grande ó pequeño.

En esto, es evidente, no está interesado el bien público. Por el contrario, si el bien público está interesado en algo es en que liquiden pronto las empresas de esas líneas cuya mala construcción solo es comparable á su pésimo servicio; y que las sucedan otras más celosas é inteligentes.

Pero, es el caso que el perjuicio ó menoscabo del interés particular tampoco es tan grande como pudiera suponerse.

Los delegados de las compañías lo reconocen en su Exposición.—«El porvenir de los ferro-carriles en nuestra patria, confiesan (pág. 8) «no puede dejar de ser lisonjero y seguro—las angustias que las empresas están atravesando «constituyen una época esencialmente pasajera.»

Lo mismo se dice en el *Memorandum de las compañías de los caminos de hierro* publicado en Barcelona; donde se añade que igual ha sucedido en todos los países, pues al fin «los productos han aumentado de un modo considerable, aunque siempre y en todas partes ha habido un período de intermitencia, un claro «entre la conclusión de los caminos y el tiempo «en que los productos han sido suficientemente remuneradores.»

«Esto tiene una explicación muy natural. Ni el tráfico se desarrolla instantáneamente, ni las costumbres se cambian en un día, ni los «transportes afluyen todos al camino de hierro, «desapareciendo los demás medios de efectuarlos, mientras no tenga aquel extensión y enlaces suficientes que puedan sustituir por completo á las demás vías y dar satisfacción á todas las exigencias (pág. 14).

Aquí tienen nuestros lectores, revelado por las mismas empresas, todo el mal que las aflige. Todo ello se reduce, como dijimos en el primer artículo, á que se hallan en un período transitorio, en el cual no ganan tanto como creyeron, y como esperan ganar en adelante cuando el tráfico se desarrolle.

Para no sufrir las angustias propias de este período transitorio, por el cual han pasado las empresas de ferro-carriles siempre y en todos los países, es para lo que presentan un proyecto que puede ser, que sería tal vez la bancarrota, y que desde luego es descaradamente el socialismo.

No queremos estendernos más en el examen de la presente cuestión, ni necesitábamos haberlos estendido tanto.

Hemos querido dar á nuestros lectores ciertos antecedentes sobre el particular, útiles para juzgar con pleno conocimiento de causa, y también tratar la cuestión en el orden económico; más no porque sea necesario.

La cuestión como se ha de plantear y resolver es en el sentido que la presentamos en este artículo. No es cuestión de Economía política, ni de Hacienda, sino de derecho. El Gobierno no tiene derecho, no puede exigir nada, absolutamente nada, ni un solo maravedí, para socorrer á las empresas de los ferro-carriles construidos ó subastados. SERÍA UN ESCANDALOSO ATENTADO Á LA PROPIEDAD.

Sin embargo, ya que hemos cogido la pluma, no queremos soltarla sin llamar la atención sobre una gravísima frase que aparece deslizada en la Exposición de las compañías.

Gravísima es al menos la interpretación á que se prestan sus palabras, al insinuar los delegados la posibilidad de que, no accediendo el Gobierno á sus exigencias, pudiera revestir la cuestión «un grave carácter social, al ponerse en contacto y servir de pábulo en la hoguera de nuestras discordias políticas.»

Para la perfecta inteligencia de la interpretación de que esta frase es susceptible, hay que recordar lo dicho hace dos meses por el *Journal des Travaux publics*. En él aparecía un comunicado de Mr. Hugelmann en defensa del general Prim, recién sublevado, en el que declaraba que uno de sus principales proyectos era precisamente el otorgar á las empresas de ferro-carriles la garantía de intereses que con tanta ar-

rogancia solicitaban; y, con este motivo, recordará ya nuestros lectores que el citado periódico *atando cabos*, como vulgarmente suele decirse, habló de la naturaleza de la sublevación y prometió explicar con la mayor claridad que le fuera posible «los papeles desempeñados en aquel «drama por ciertos elevados personajes de la industria» que no habrán contribuido ciertamente con su esfuerzo personal.

Nosotros estamos persuadidos de que el ánimo de las compañías no há sido, dar á sus palabras el sentido en que pudieran tomarse, después de lo declarado por el citado *Journal*; pero es indudable—ellas mismas lo comprenderán,—que se prestan á una dolorosa interpretación.

Nos place creer, y creemos desde luego sin vacilar, que las compañías no han meditado esas imprudentes palabras, pero esto no quita para que alguien (no nosotros) pueda ver en ellas una amenaza insolente.

No deploramos más que una impremeditación, una ligereza, pero una ligereza altamente reprehensible en la Exposición de unas empresas que acarician en su amoroso seno á la flor de nuestros políticos.

NARCISO MUÑOZ DE TEJADA.

Ha principiado á discutirse en el Congreso el voto particular de los Sres. Nocedal y Cláros proponiendo la incompatibilidad absoluta de todo empleo público retribuido con el cargo de diputado. Impugnáronlo dos individuos de la mayoría de la comisión; los Sres. Romero y Robledo y Cuesta, y lo defendieron, según habíamos indicado, los Sres. Ballester y Cláros, quien quedó en el uso de la palabra para terminar su discurso en la sesión de hoy. Al señor Cláros contestará el Sr. Escosura, presidente de la comisión, y cerrará el debate el señor Nocedal, como autor del proyecto, salvo algún corto discurso que se haga por alusiones personales, y el que pronunciará también el señor Posada Herrera.

No nos forjemos ilusiones: el voto particular será desechado por gran mayoría, por la gran mayoría del Congreso en la que serán respectivamente mayoría los empleados públicos; pero hasta ahora el voto particular sólo he sido impugnado por la comisión, al paso que ha encontrado defensores fuera de los diputados que sostienen nuestras ideas.

Tal fué el Sr. Ballester. Este señor diputado por Manresa, en un discurso en que abundan la lógica y el buen sentido, á despecho del liberalismo, defendió nuestras doctrinas en nombre de la libertad. No nos asustamos por eso. Creemos que la excelencia de nuestros principios es tal, que puede ser comprendida y amada por hombres que militan en otras filas, con tal de que á un talento claro, reúnan un corazón recto, como sucede al Sr. Ballester, cuyo liberalismo cándido hace honor á sus bellísimos sentimientos. Su señoría es diputado novel. Día llegará en que los desengaños le traigan á las ideas puramente católicas, si su corazón permanece tan hermoso, ó el escepticismo se lo lleve con los liberales castizos, si empieza á transigir y á pensar en secreto de una manera y en público de otra.

En cuanto al discurso del Sr. Cláros, debemos apresurarnos á decir que fué uno de los más discretos y acabados que le hemos oído nunca, y que el Congreso lo estuvo escuchando con muchísimo agrado. Es necesario convenir en que el género oratorio de este celoso diputado por Navarra se presta admirablemente á este linaje de discusiones, en que no tanto se necesita elevación de estilo, como variedad de tonos: más claridad y franqueza que grande elocuencia. El Sr. Cláros es aménisimo en su manera de decir; tan pronto llano, como levantado, tan pronto trascendental, filosófico como familiar, y siempre impregnado en la fragancia del saber, sobre todo cuando menos erudito parece.

Hoy, como hemos dicho, terminará su discurso.

Si oímos á los liberales en particular; si escuchamos las conversaciones de los mismos unionistas en el seno de la confianza, á penas hay uno que no se muestre partidario de la incompatibilidad absoluta y enemigo de la libertad de imprenta. Es decir, que son muy pocos los que dejan de pensar como nosotros en ambos puntos.

La incompatibilidad absoluta es favorable á la verdadera libertad; la libertad de imprenta es contraria á la misma. Los liberales, sin embargo, no quieren la incompatibilidad absoluta, á pesar de que en el fondo de su corazón les gusta, se deshacen en elogios de la libertad de imprenta que les molesta y les repugna, sobre todo cuando están en el poder.

¿Qué se deduce de aquí? Una cosa que los pueblos deben estar oyendo todos los días y á

todas horas, por más que se lo tengan sabido de memoria: que es una solemnísima mentira eso de que los liberales son los partidarios de la libertad verdadera; que ellos son los tiranos y arbitrarios en su misma tiranía; que se valen del nombre de la libertad para dominar, y que no sirviéndoles para alcanzar el poder la arrojan con la punta del pie como la escala que al ladrón nocturno ha servido para trepar a la casa agena.

Ya saben nuestros lectores que el Sr. Moyano había anunciado una pregunta al Gobierno relativa a una negociación, que se supone escamada, no sabemos con qué fundamento, del señor ministro de Hacienda con ciertas casas extranjeras.

Ayer tarde estaba esperando todo el mundo la respuesta y hasta se creía que para ello debía suspenderse la discusión sobre incompatibilidades. Pero bien pronto se observó que los diputados de oposición moderada bullían en corrillos por el salón de conferencias; supónese que el ministro de Hacienda había llamado al señor Moyano, y—dejemos ahora hablar a *El Español*:

«Saben nuestros lectores lo que sucedió? Pues sucedió que el Sr. Alonso Martínez, el ministro de Hacienda, buscó al Sr. Moyano, no paró hasta que pudo encontrarle en el salón de conferencias, le llamó aparte y le pidió y le rogó y le suplicó en nombre del principio de gobierno, en nombre del más alto patriotismo, que desistiera de su intervención. El Sr. Moyano objetó que había adquirido compromisos con sus amigos, que había anunciado ya la pregunta, y que le era imposible desistir. El ministro le pidió entonces que la aplazara, aguardando al menos unos días para llevar a efecto su propósito. La insistencia del señor Alonso Martínez, la necesidad con que hacía la súplica, obligaron al Sr. Moyano a acceder a sus ruegos, exigiendo antes al ministro que le autorizase para hacer pública esta conferencia.»

En la sesión de hoy hará el Sr. Moyano la indicación de que, a ruegos del Gobierno, suspende por ahora su interposición.

Otro testimonio en favor de que la publicidad es el alma de estos Gobiernos: primero, la prensa en estado de sitio y segundo, los ruegos de que no se interpele hasta que... probablemente hasta que sea completamente inútil la interposición.

Y vamos viviendo.

El gobierno está luchando a brazo partido con la prensa. En los dos primeros días del levantamiento del estado de sitio, ha denunciado once periódicos. Estos no se dan por vencidos y si de una manera no les es posible, apelan a otra para desacreditar y derribar al gabinete.

Las *Novedades* publican el Real decreto refrendado por el general Blaser, ministro de la Guerra en 1854, exonerando al general O'Donnell entonces conde de Lucena.

La *Discusión* hace trizas los artículos famosos de *El Diario Español*, *Misterios*, *Meditaciones*, etc., y los reproduce en fragmentos que resultan hoy atroces y subversivos.

El Español apela a *El Contemporáneo*, y vuelve a copiar lo que este antiguo periódico publicaba contra el actual presidente del Consejo, a quien sirven hoy en altos puestos sus redactores.

Cada cual maneja las armas que le sugiere la pasión irritada, enconada por los sucesos pasados y por la falta de crisis ministerial presente. ¡Horrible situación! O el estado de sitio para luchar con los enemigos rebeldes, o el púgilato a muerte con la prensa para vencer a los enemigos que disputan el puesto.

¿Puede darse mucho tiempo un estado de cosas tan violento?

Nosotros creemos que aun para el objeto mismo que ciertos diarios se proponen, con más templanza conseguirían mayores resultados.

El señor ministro de Gracia y Justicia contestó ayer en el Congreso a la pregunta que días pasados le había dirigido el Sr. Figuerola, acerca del estado en que se encontraban las negociaciones para el arreglo de las capellanías colativas.

El señor ministro hizo en pocas palabras la historia de esta desgraciada cuestión, y concluyó por manifestar que había llegado a un acuerdo perfecto con el Excmo. señor Nuncio de Su Santidad, en cuanto a un proyecto como base al menos de discusión, desapareciendo el inconveniente que obligó a Su Santidad a negar, con justicia, en concepto mismo del señor ministro, su asentimiento al primitivo proyecto presentado por el Gobierno de España.

¿A cuántas consideraciones se prestan los datos que ayer oímos de boca del señor ministro de Gracia y Justicia? ¡Más de doce años trascurridos sin llegar a una avenencia entre la Iglesia y el Gobierno de la católica España, y entre tanto dos mil cuatrocientos setenta y tres pleitos incoados y paralizados, además de los trece mil y tantos fallados con arreglo a la ley de 1841; y entretanto sin cumplimiento las cargas afectas a las capellanías colativas!

¿A qué debemos atribuir tantos males causados en el orden espiritual y en el temporal? Hartas pruebas de indulgencia y de deseos de conciliación ha dado la Iglesia a los Gobiernos de España para que nadie se atreva a hacer cargos a nuestra bondadosa madre por el estado en que hoy se encuentra el asunto de las capellanías colativas. El mismo señor ministro de Gracia y Justicia confiesa que con razón negó el Sumo Pontífice su asentimiento al primitivo proyecto

de arreglo que presentó el Gobierno de España. ¿Quiénes, pues, el culpable de que las cosas permanezcan aun en el estado en que se encuentran? No acusaremos a ninguna persona ni a ningún ministerio en concreto, aunque a todos pudiéramos culpar, pero no podemos menos de ver en este asunto como en otros muchos la perniciosa influencia de la política y de la instabilidad de los Gobiernos.

Cuando los ministerios se suceden con la frecuencia que todos lamentamos, cuando apenas los ministros tienen tiempo para enterarse de los asuntos más perentorios de su secretaría, cuando apenas comenzadas las conferencias entre el Nuncio de Su Santidad y un ministro de Gracia y Justicia, entra en reemplazo de este otro que desconoce casi por completo la cuestión, no es de extrañar que las negociaciones se interrumpan y reanuden sucesivamente sin llegar nunca al fin apetecido. No es esta, sin embargo, la única causa de tan lamentable tardanza: todos sabemos con cuánta rapidez se llevan a cabo las medidas de mayor trascendencia cuando los Gobiernos tienen en ellas verdadero interés, y ministerio ha habido que ha permanecido en el poder el tiempo más que suficiente para el arreglo de la cuestión más complicada. La causa principal hay que buscarla en el descuido con que se miran por todos los Gobiernos liberales los asuntos que se refieren al bien espiritual. En las cuestiones políticas, toda la solicitud y toda la decisión que exige el interés del momento; en los asuntos en que ha de intervenir la potestad espiritual o se desdén en esta intervención resolviéndolos con menosprecio de las leyes divinas y humanas, o se los deja dormir en el olvido sin escuchar las incessantes reclamaciones de los intereses que se vulneran.

Muy satisfactorio nos es el saber que se ha llegado ya a un acuerdo, siquiera en cuanto a las bases en que ha de fundarse el arreglo de la importante cuestión de las capellanías colativas; pero ¿es esto suficiente para tener esperanza de que en breve quedará definitivamente ultimado el arreglo? Más de doce años trascurridos desde que empezaron las negociaciones entre el Gobierno español y Su Santidad, no nos permiten tener la seguridad que deseáramos. Entre tanto, algo es algo, y bueno es que el Sr. Calderón Collantes esté animado de los buenos deseos que manifiesta para la decisión de este asunto.

En *El Leon Español* leemos con mucha complacencia las reflexiones siguientes:

«Como hay dos ciudades de París, la culta y la insensata, hay también dos ciudades de Roma, dicen las correspondencias de aquella capital del orbe cristiano, Roma cristiana, la gran Roma compuesta de los elementos admirables que posee en sí misma y de los elementos más admirables que le da el catolicismo entero, y la Roma de los partidos, de los descontentos, de los ingratos y de los cobardes.

Roma cristiana está ya entregada a la vida contemplativa y de austeridades, propia del santo tiempo de cuarenta, y gracias a las disposiciones adoptadas por N. S. P. Pío IX, en vista de los acontecimientos que se preparan, el espectáculo que ofrece la Ciudad Santa, es de los más consoladores. Las consecuencias de la hipocresía y de las violencias de los enemigos de la Santa Sede tocan a su fin.

La Roma de los partidos se agita esperando que los votos de las Cámaras francesas no destruyan en nada los planes de la Italia revolucionaria. No creen ver obstáculos en ninguna parte. Cuentan con que la administración romana—está por todas partes corrompida (juzga el ladrón, etc.) el territorio abierto por todas partes, y la policía insuficiente. Creen que la nobleza, aunque adicta al Papa, no hará los esfuerzos que debiera, y que el pueblo no se tomará gran calor por defenderle.

Todo esto y mucho más que esperan los partidos, no hace sino confirmar a los cristianos en la convicción del próximo triunfo del papado.

Europa, que hace tiempo duerme en culpable negligencia, no tardará en despertar al ruido de las vociferaciones italianas.

Bello es ciertamente este lenguaje; todo respira aquí ingenuidad, amor del bien, distinción clara y precisa de las dos causas que en Roma como en París, como en todas partes pugnan entre sí. Muy bien dicho: en París hay dos ciudades, la culta (mejor sería decir la católica) y la insensata: dos ciudades también en la capital del orbe cristiano, la Roma de Pío IX y la Roma de los partidos, la que en el tiempo santo de la Cuarentena se entrega con mayor fervor a la meditación y a la penitencia, y la Roma de los partidos, a quienes agita un ímpetu furor contra la augusta cabeza de la Iglesia: en suma, los partidos de un lado, y en frente de ellos los cristianos, unidos por una misma fe, por una misma caridad divina, por un sólo sentimiento de adhesión, de respeto filial, de amor leal y perseverante al Padre común que tiene la misión de regirlos y santificarlos. ¡Oh! Qué dese la división en partidos y sectas para los enemigos de la verdad una é indivisible: los que siguen las banderas del Catolicismo forman un sólo cuerpo, animado de un sólo corazón, de una sola alma, el cual goza o padece cuando padece o goza cualquiera de sus miembros, y más particularmente cuando goza o padece su cabeza. Esto último sucede hoy, en que la revolución ha puesto en manos de Pío IX, forzándole a que lo agote hasta las heces, el cáliz de una dolorosísima pasión, y está trazando el modo de bautizarlo con sangre purísima, cuyas primicias derramó bárbaramente en los campos de Castelfidardo. Y a todo esto, añade *El Leon Español*, «Europa durmiendo, en culpable negligencia.

Escusado es añadir que en el cuadro tan bello y sobre todo tan verdadero tomado por *El Leon Español*, se refleja viva la luz que nos hace visibles acá en España las mismas cosas, las mismas verdades, casi hasta las mismas figuras. También en el cuadro que representa a España se dibujan perfectamente las dos ciudades, la revolucionaria y la cristiana, la ciudad dividida en partidos, y la de la ciudad católica y monárquica, la ciudad que era y la que blasfema, y en una palabra la ciudad de Dios y la del mundo que tiene por príncipe al demonio. Las mismas causas producen los mismos efectos; y pues idénticas son las causas morales que obran en Roma y París, y que engendran la distinción de cristianos y revolucionarios, razón es inferir que estos son también en Madrid y en toda España los efectos contradictorios de los dos principios de acción que obran sobre el mundo, la naturaleza corrompida y la gracia de Dios, o en otros términos, la esclavitud del pecado en que gimen los hijos de las tinieblas, a la que los modernos publicistas dan el nombre de libertad, y la libertad que gozan realmente los hijos de la luz, llamada servidumbre por los mismos publicistas de ojos retorcidos que todas las cosas van del revés.

Tanto el Sr. Gonzalez Elipse, como el señor conde de Vistahermosa, pidieron hace días al Gobierno que llevase al Senado la Real orden en que se insertó la acordada del Tribunal Supremo de Guerra y Marina relativa a los procedimientos incoados en averiguación de la conducta que observó el tercio de la Guardia civil de Madrid durante los acontecimientos de los días 8, 9 y 10 de Abril. No podemos adivinar por qué el Gobierno se ha hecho sordo a aquellas reclamaciones y aun a la fecha de ayer no había acudido a ellas. El Sr. Presidente quiso disculparle con la enfermedad del señor ministro de la Guerra, pero todo el mundo comprende que la disculpa no tenía más fuerza que la que se quiera atribuir a la benevolencia del señor duque de Latorre para con el Gobierno. Fuese cualquiera el motivo de tan extraño proceder del general O'Donnell, toda vez que la Real orden pedida se había publicado ya íntegra ya en extracto como nosotros lo hicimos por varios periódicos de la corte, el señor conde de Vistahermosa que quería que se publicase en el *Diario de las Sesiones*, y extracto oficial de la *Gaceta*, no tuvo por conveniente esperar más y leyó íntegro el documento en cuestión, cuya parte principal conocen nuestros lectores.

El Sr. Vistahermosa quiso, según parece, hacer después algún ligero comentario, pero no se lo permitió el señor presidente. El Sr. Calonge pidió la palabra para suplicar al Gobierno que si no hay inconveniente lleve al Senado todos los antecedentes que existan en su poder referentes al origen, progreso y resultados de la última sublevación militar, así como los relativos a las medidas que haya adoptado para prevenir, reprimir y castigar aquella escandalosa sublevación. El señor ministro de Ultramar contestó que lo haría presente a sus compañeros. Veremos si el Gobierno se muestra más complaciente con el Sr. Calonge que con los Sres. Gonzalez Elipse y Vistahermosa. La sesión de ayer se levantó a las tres, y el señor presidente anunció que para la primera se avisará a domicilio. La del sábado duró poco más o menos como la de ayer; entretanto se ha presentado al Congreso un proyecto de ley de ayuntamientos, en el que no podrá ocuparse hasta después de mucho, y se presentarán otros muchos de mayor importancia en los que podría aprovechar el tiempo el Senado. ¿Por qué no se hace así? Estos son secretos del régimen parlamentario cuyos efectos todos conocemos.

He aquí las noticias que acerca de nuestra cuestión con Chile leemos en varios periódicos:

«Según las últimas noticias del Pacífico, nuestra escuadra estaba perfectamente abastecida de víveres y combustible para seis meses, y el aspecto de las cosas era más favorable para el éxito de la cuestión que allí mantenemos. Las cartas llegadas hoy a Madrid y procedentes de nuestra escuadra del Pacífico, confirman las noticias que nos adelantó nuestro servicio telegráfico especial de Londres y Southampton. La república de Chile, según dichas correspondencias, se había aliado a Chile y al Perú, que han hecho grandes esfuerzos para conseguirlo, y parece que la de Bolivia se disponía a seguir el mismo ejemplo terminada como está por el momento la guerra civil que la devoraba. Por lo demás estas alarmas, hijas más bien del temor que de las simpatías, no podían aportar recursos a los enemigos de España, ni dar cuidado alguno a nuestra escuadra, y lo único que hay que lamentar en ella son las vejaciones a que se veían expuestos los españoles arrojados en aquellas repúblicas.

Las noticias oficiales confirman las que nos comunicó nuestro bien informado corresponsal de Londres acerca de la cuestión pendiente con Chile y el Perú. Lo corbeta peruana de 36 cañones *Amazonas*, había encallado en Chile, perdiéndose completamente. Otros dos buques chileno-peruanos habían sido echados a pique por sus mismos jefes con objeto de no caer en poder de la escuadra española.

España cuenta en el Pacífico con fuerzas más que suficientes para dar buena cuenta de todos los buques de la escuadra unida de Chile y el Perú. Podemos asegurarlo, apoyados en datos auténticos. Ayer mismo hemos hablado con persona de toda nuestra confianza, recién llegada de Montevideo, y que nos asegura haber visto la patente de corso núm. 43, expedida por los chilenos.

Esa misma persona afirma constarle que el verdadero y principal motivo de la espulsión del ministro chileno del territorio de Montevideo, fué precisamente la resistencia que halló para el armamento y salida de cuatro buques corsarios, para cada uno de los cuales se había remitido a dicho ministro la patente oportuna.

Se asegura que el gobierno italiano ha dirigido al de España reclamaciones con motivo de haber incendiado la escuadra del Pacífico algunos de los buques que tenía apresados, uno de los cuales era italiano.

Los señores nombrados para dar dictamen sobre el proyecto de ley de guardia rural, son los señores marques de la Serna, marques de Santa Cruz, conde de Guendulain, conde de Maceda, duque de Gor, marques de Jura-Real y D. Cayetano Urbina.

En todo el mes de Abril, según las correspondencias de Italia, estará terminado el ferrocarril que enlaza a Florencia con Roma. Con la corta interrupción del paso de los Alpes, se podrá ir por lo tanto en camino de hierro desde Madrid hasta la capital del mundo católico.

La comisión de imprenta celebró ayer tarde su segunda reunión. El Sr. Mantilla insiste en pedir, como medio de evitar las arbitrariedades que sea necesario, que se hayan dictado tres autos de prisión consecutivos contra un editor, para que este quede inhabilitado.

Hoy parece que debe darse cuenta del dictamen sobre el proyecto de ley de asociaciones y del voto particular suscrito por el Sr. Herrera. El domingo se verificó una reunión de señores moderados en casa del duque de Valencia. Acordóse en ella tomar la parte que correspondía en la discusión de las leyes, últimamente anunciadas, y presentadas otras, por el Gobierno. Entre los concurrentes se hallaban los señores duques de Veragua, Cerezo, Roncali, Pezuela, Trúpana, Arzoz, duque de Baena, marques de Novallies, conde de Sástago, Lersundi, marques de Falces, Calonge, marques de Villafraica de Gaitan, Gasset, conde de Goyeneche, Manzano y otros muchos generales políticos distinguidos.

El coronel D. Bernardo Alemany y Perrote, que como saben nuestros lectores, mandaba el regimiento que el año último intentó sublevarse en Valencia, y por cuyo motivo fué sentenciado por un consejo de guerra ordinario a sufrir cuatro meses de castigo, acaba de ser colocado como coronel subsecutor de la media brigada de provinciales, que la componen los de Jaén y Baza.

Por Reales decretos que publica hoy el periódico oficial han sido ascendidos a mariscales de campo los brigadieres D. Jorge Thomas y Jarnier y D. Fernando Correa y Miyares.

Por la dirección general de telégrafos se anuncia la subasta de la construcción del ramal de Málaga a Almería.

Ayer dijimos que *La Regeneración* de antes de ayer había sido denunciada. Después hemos sabido que el artículo motivo de la denuncia había sido publicado por primera vez en 2 de Enero último.

Defendió al periódico religioso el Sr. Aparici y Guirra.

Las once denuncias de periódicos hechas últimamente son casi todas por calumnias a los ministros, y pasan al tribunal ordinario.

Se han hecho nuevas pruebas con la máquina de la fragata *Tetuan* y el resultado ha sido excelente.

Se espera que muy en breve pueda ponerse en marcha, y celebraremos que esto se realice cuanto antes.

El gobernador superior civil de Puerto-Rico, en carta oficial de 26 de Febrero próximo pasado, participa que el orden público continuaba sin alteración, y el estado sanitario era satisfactorio en el territorio de su mando.

No sabemos que haya llegado a Cádiz el correo que salió de la Habana el 1.º de Marzo: esta tardanza proviene sin duda de la estación en que nos hallamos.

La Epoca, contra lo manifestado por *El Diario Español*, asegura que el ministro de Hacienda no ha llevado al Consejo proyecto alguno de ley de los que se enuncian días pasados.

Dicese con motivo de la acordada del Tribunal Supremo de Guerra y Marina sobre el comportamiento de la Guardia civil en Abril último, que leyó ayer en el Senado el señor conde de Vistahermosa, hubo contestaciones entre las personas que después de aquellos sucesos condenaron la conducta de aquel cuerpo.

Las sesiones del Senado han nombrado esta tarde las tres comisiones siguientes: Para señalamiento de pension a los hijos del Infante D. Francisco, a los señores Limania, García Gallardo, Cuesta y marqueses de Vallejo, de Morante, de Montolir y de Novallies.

Para de desalojamiento, a los condes de Peña del Mero y de Rinalda, marqueses de Villavieja, de Castellanos, de Villafraica y de Manzanedo, y al señor Barroeta Aldamar.

Para la de crédito con destino a la comisión facultativa de Constantinopla a los señores Mendoza Cortina, Rubalcaba, Ferrera Camano, Huet, Puigdeván y los condes de Torre Diaz y de Villafraica de Gaitan.

De hoy a mañana quedará sobre la mesa del Congreso una proposición de ley del señor López Domínguez reformando algunos artículos de la de Sanidad.

De orden de S. M. se ha suspendido la venta en pública subasta de la torre denominada del Oro, sita en la ciudad de Sevilla, y perteneciente al Real Patrimonio.

La frecuente curación de heridos en la casa de Socorro del 5.º distrito de beneficencia, sita en la calle de Jacometrezo, núm. 26, pone en el caso a la junta de solicitar que las personas caritativas se sirvan remitir donativos de hilas para atender a tan importante servicio.

En la noche del lunes rieron cuatro individuos en el puente de Toledo, resultando tres heridos: dos leves y uno gravemente en una mano. Este último fué conducido a la sala de presos del Hospital general, y los tres restantes a la cárcel.

El aceite ha subido dos cuartos en libra en algunos almacenes.

En el río Jarama hubo anteaer una gran avenida que parece ha causado algunos destrozos. También la corriente del Manzanares ha principiado a crecer, y es temible que las aguas salgan de su cauce natural é inunden la pradera.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE. Extracto de la sesión celebrada el día 20 de Marzo de 1866.

Abierta a las dos y diez minutos, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

El señor conde de VISTAHERMOSA reprodujo al Gobierno de S. M. la pregunta que había hecho en otra sesión acerca del acuerdo del Tribunal Supremo de Guerra y Marina sobre la sumaria seguida al tercio veterano de Madrid, con motivo de los sucesos de la noche del 10 de Abril del año último.

Con este motivo suplicó a la mesa que le permitiera dar lectura de la Real orden en que se había inserto la expresada acordada toda vez que la había visto impresa en algunos periódicos de Madrid, cuya lectura verificó a continuación como había anunciado.

El Sr. CALONGE se levantó a pedir al Gobier-

no que se sirviera traer al Senado los antecedentes del origen, progreso y resultados de la última sublevación militar, así como los que indudablemente existirán sobre las medidas que haya adoptado para prevenir, reprimir y castigar aquella sedición.

El señor ministro de ULTRAMAR contestó que lo pondría en conocimiento de sus compañeros de Gabinete, y que procuraría satisfacer los deseos del Sr. Calonge.

Se entró en la orden del día, y se dió segunda lectura del dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley de cumplimiento de condenas.

Puesta a discusión la totalidad, y no habiendo quien tuviera pedida la palabra, se procedió a la discusión por artículos, siendo aprobados los nueve de que se compone la ley.

Eran las tres menos diez minutos, y se levantó la sesión, anunciando el señor presidente que para la próxima se avisará a domicilio.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 20 de Marzo de 1866.

Abierta a las dos y cuarto, se leyó el acta de la anterior y quedó aprobada.

El señor marques de TORREBLANCA: En el presupuesto de 1865 a 64 se consignó una partida para determinados uniformes. La subasta se llevó a efecto: los artistas entregaron los uniformes, y en la provincia de Murcia y en otras no se les ha pagado. Ruego al señor ministro de Hacienda incluya ese pago en el presupuesto actual, o pida un suplemento de crédito.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del Gobierno la excitación del señor diputado.

El Sr. REINA: Deseo también hacer una pregunta al señor ministro de Hacienda cuando se halle presente.

El Sr. CORONADO: Pido al señor ministro de la Gobernación que envíe el expediente según el cual se ha revocado el acuerdo de la diputación provincial de Cuenca, por medio de una Real orden del 7 del actual, que declaraba no tenía aptitud para ser diputado uno de los nombrados.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Hoy mismo daré la orden para que venga ese expediente.

Se anunció que los señores Shee y Saavedra y Aparisi renunciaban el cargo de diputado.

Se concedió al señor conde de Almina la licencia que solicitaba para ausentarse.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Señores diputados, no ver en su asiento al señor Figuerola.

Se refería la pregunta al estado que tenía el expediente importantísimo de capellanías colativas.

Se formó un proyecto, el cual fué remitido a la corte de Roma: el Gobierno de Su Santidad no tuvo por conveniente darle su asentimiento: es más; dijo que ni aun como base de discusión podía admitirle, y yo que procedo siempre, podré ser con rectitud y con una conciencia severa, por más que sienta no dar la razón al Gobierno de mi país, creo que en esta cuestión concreta la razón estuvo de parte del Gobierno de Su Santidad. Tenía por base aquel proyecto la supresión absoluta de las capellanías colativas en España, es decir, que venía a suprimirse por completo un título respetado siempre por la Iglesia de España y por los sagrados Cánones de la Iglesia universal como de ordenación de los más legítimos que pueda haber.

Esta es el único proyecto emitido a Roma, y con el cual aquel Gobierno no tuvo a bien conformarse, y no sólo no se conformó, sino que, repito, no aceptó ni aun como base la discusión. Y yo, por principio, porque tengo estudiada esta materia antes de venir a ocupar este puesto, creo que el Gobierno de Su Santidad no pudo obrar de otra manera. Era opuesto enteramente a las doctrinas de las tradiciones de la Santa Sede, y hubiera sido abandonar en mi concepto un altísimo interés de la Iglesia haber accedido a aquel proyecto.

Yo me dediqué al estudio de esta cuestión, porque me llamó poderosamente la atención un dato que tendré el honor de presentar a la consideración de los señores diputados. Se habían ya decidido nada menos que trece mil y tantos pleitos sobre capellanías colativas en toda España bajo el imperio de la legislación de 1844, y después de 1855 que la restableció. Todas estas familias, que habían promovido los pleitos, están hoy en posesión quieta, pacífica, por nadie disputada, de los bienes que constituían las capellanías colativas, con la obligación de levantar las cargas que sobre los bienes pesaban; y otras familias innumerables que se encontraban en el mismo caso, que tenían iguales derechos, no solamente no habían podido llegar a poseer estos bienes, sino que si quiera ejercitar sus acciones judicialmente. Yo no podía ver con indiferencia que la suerte de los españoles que vivían bajo un mismo régimen, bajo el imperio de la misma legislación, fuese tan varia y diversa. Como saben los señores diputados, un decreto mandó que no se admitieran más demandas en esta materia, y que las admitidas quedasen sin curso hasta nueva resolución.

Hoy, por tanto, sobre los tres mil y tantos pleitos ya decididos ejecutoriamente, dos mil cuatrocientos setenta y tres incoados en toda España, y completamente paralizados; de manera que son dos mil cuatrocientos setenta y tres familias conocidas ya, las que están interesadas en la resolución de esta cuestión, que tal vez algunas de ellas libren en esa misma resolución su subsistencia o la decorosa colocación en la Iglesia de uno de sus individuos.

Juzgue ahora el Congreso las que en doce años trascurridos se hubieran entablado judicialmente si la ley lo hubiera permitido. De manera, que tenemos datos hoy dos mil cuatrocientos setenta y tres pleitos incoados y sin curso, más los que en el transcurso de doce años se hubieran entablado. Por aquí comprenderá el Congreso cuán grave es el perjuicio que están sufriendo miles de familias españolas por la falta de resolución de esta cuestión, y cuánto interesa por lo mismo resolverla. Me decidí, pues, porque creía que así lo exigía mi deber, a estudiarla desde el primer día que entré en el ministerio. He tenido varias conferencias con el Nuncio de Su Santidad en esta corte: no tantas como hubiera querido, y también el señor Nuncio, porque, como saben los señores diputados, he residido fuera de la capital, he estado personalmente separado del señor Nuncio durante más de tres meses, y no ha podido por consiguiente adelantarse este negocio tanto como ambos hubiéramos deseado.

Las conferencias se han renovado últimamente, y yo cumpliendo la oferta que hice al Sr. Figuerola, tengo el honor y la satisfacción de poner en conocimiento de los señores diputados, que hemos llegado a un acuerdo perfecto y unánime en cuanto a un proyecto, al menos como base de discusión, y se ha removido ya el inconveniente principal que obligó al Gobierno de Su Santidad a negar con justicia, respecto a mi entender, su asentimiento al primitivo proyecto que había ido del Gobierno de España.

ORDEN DEL DIA. Incompatibilidades.

Se leyó el voto particular de los Sres. Nocedal y Clarios.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: Obedeciendo a una exigencia de la opinión pública, ha habido en diversas épocas proyectos de incompatibilidades, y últimamente por el ministerio Mon se presentó la actual Ley. Cuando esa ley, que cuenta muy poco tiempo de vida, no estaba aun desautorizada, el Sr. Nocedal se creyó en el caso de traer un pro-

yecto de incompatibilidad absoluta, sin comprender a qué móvil obedecía. El deseo de la incompatibilidad absoluta fue el primero que abrigó mi corazón; pero después de algunos años de práctica en este Congreso, el conocimiento que en ellos he adquirido de las condiciones de carácter de algunos empleados, me ha hecho partidario de una ley de excepciones.

La comisión se ha ocupado con celo de traer a discusión la nueva ley. A pesar de nuestras protestas durante la anterior administración, habíamos visto infringida la ley vigente: en la administración actual, sin reconvenir a nadie, creímos muchos que también se había infringido y que era conveniente una nueva ley.

No convenía que quedara nada espuesto a la duda ni a la interpretación. La residencia, el sueldo, tres años consecutivos de figurar en los presupuestos son tres circunstancias exigidas para la compatibilidad. Donde quiera que un principio de incompatibilidad nos ha pedido una excepción, la hemos consignado espresa y terminante. Respetando las facultades del Gobierno, le damos la ley de incompatibilidad en nueva ley, pero siempre en la ley la incompatibilidad de nuevos cargos si así lo cree necesario.

No hemos querido dejar nada ambiguo; hemos querido evitar que por cuestiones personales pueda decirse que se infringen las leyes.

Dicho esto, paso a combatir el voto particular. Descartando nosotros la incompatibilidad absoluta, debíamos opinar por la incompatibilidad restringida. Ahora bien, es menester no dejarse llevar de una vana popularidad, y examinar con aplomo lo más justo. Si la opinión nos amenaza, debemos recordar una frase histórica: «Da, pero escucha».

Con una nueva ley electoral apenas ensayada, y que tanto aumenta el número de electores; con otra de sanción penal como la que tenemos, si el cuerpo electoral no tiene bastantes garantías de independencia, una ley de incompatibilidad absoluta no se las dará. Nadie podrá sostener que esta ley sea parte esencial de nuestro sistema constitucional. Es una ley de circunstancias; y, señores, téngase en cuenta que una ley de esta clase limita el derecho que da la Constitución a todos los españoles para ser elegidos, y al cuerpo electoral para elegir. Esa ley se interpone entre el elector y el elegido, y le despoja del más precioso derecho, que es la garantía de nuestra libertad. Esa ley dice al cuerpo electoral: «A ese que ha merecido toda tu confianza y preferencia, yo le declaro indigno de venir a tener parte en la legislación del país».

Claro es que podrá sostenerse que teniendo ya estas ideas, debería ser partidario de la compatibilidad limitada. Así es; y si yo no la defiendo hoy, es porque nos falta una ley de empleados. Entonces podría consignarse un derecho igual al que tienen los militares, que pueden venir aquí cualquiera que sea su graduación.

Al empleado que reside fuera de Madrid o al que residenciado aquí tiene que ocupar todo su tiempo en el servicio público, yo que no soy radical como el Sr. Nocedal, le considero claramente incompatible, y creo que debe optar entre el empleo o la diputación. Pero siempre que las atenciones del servicio permitan tomar parte en nuestras tareas, esa es la razón de la incompatibilidad.

Colocada la cuestión en este terreno, entra en lo arbitrario determinar el límite de la incompatibilidad; y yo, por tanto, no podía tener la pretenciosa arrogancia de presentar un voto particular, porque se admitían aquí doce o trece diputados más o menos. He firmado, pues, el dictamen de la mayoría.

Señores, el principio de desconfianza no es mi principio: la Constitución no crea privilegios para venir aquí. Es verdad que las excepciones no destruyen la regla. Pero, ¿cuáles serían las circunstancias que justificasen una ley de incompatibilidad absoluta? ¿Está en ellas?

Cuando la corrupción cunde, cuando los verdaderos patriotas tienen que refugiarse en su corazón a llorar los males de la patria, se comprende una ley de esa clase impuesta por una Asamblea de hombres honrados con el derecho de su virtud.

La utilidad y la conveniencia abogan por la compatibilidad. La política es una guerra que exige grandes sacrificios y en esta más sinabares que triunfos proporcional. Corred a los funcionarios esas purgas y veréis que desenso en efectividad en la inteligencia y en la autoridad de estos Cuerpos. Me espanta, señores, un Congreso compuesto de propietarios y comerciantes que miren con helada indiferencia las cuestiones de libertad, y atiendan sólo al interés material o se dejen llevar por dos o tres oradores que aquí se introducen. Los hombres de inteligencia echados de aquí, se refugiarán en otra parte, tal vez en el Senado. Entonces el Congreso decreta de su actual importancia, y nosotros vendremos a quedar reducidos a ser pesado lastre en la nave del Estado. Los hombres que por sus servicios y talento han llegado a altas posiciones, en algo han de emplear la noble ambición y la actividad de su espíritu, y ellos se harán abrir otras puertas si las cerramos estas.

Voy ahora a otro género de consideraciones. Las clases que no son de empleados públicos pudieran quejarse de que no he hecho ninguna salvación en favor suyo bajo el punto de vista de la inteligencia. Yo quiero hacer de una vez toda clase de salvaduras: yo los considero revestidos de las más brillantes dotes. Sin embargo, no acostumbrados a la gestión de los negocios públicos, no podrán tener la experiencia necesaria para manejarlos. No podrán establecerse verdaderos partidos políticos, porque los partidos políticos necesitan también experiencia. Pues bien: matar la política, señores, es imposible, y aun siéndolo, no podríamos consentirlo. La índole de estos Gobiernos necesita que cada partido tenga un alto personal completo identificado con sus principios. Preguntad a todos si se contentarían con que siete u ocho de sus hombres vinieran al ministerio. Seguramente que no. Y bien: ¿hay partido que tenga hombres de confianza en tanto número, que haya para dirigir la administración fuera de aquí y dentro de estas paredes la política?

Se dirá que el Sr. Nocedal permite venir aquí empleados a ilustrar las cuestiones. Señores, ¿cuál sería la posición de esos comisarios? No serían nuestros iguales: serían nuestros inferiores; pero inferiores que tal vez nos mirarán con desprecio desde la altura de su inteligencia en las cuestiones sobre las cuales tendríamos que consultarlos. El Congreso está muy fatigado; yo lo estoy también, y me siento.

El Sr. BALLESTER: Hace pocos días me hubiera contentado con votar el principio de la incompatibilidad absoluta; pero después de haber sido individuo de aquella comisión que cuenta sus jornadas por derrotas, he querido decir mis opiniones en esta materia. Os engañáis, sin embargo, señores, si creéis que mi punto de vista ha de ser el del Sr. Nocedal; si creéis que soy combatiente destacado del grupo del Sr. Nocedal.

No voy aquí a discutir las relevantes cualidades de la dignísima clase de empleados, ni a disputar sus grandes servicios. Yo me ocuparé primero en sentar principios, o más bien en recordarlos, porque son viejos, y después sacaré la consecuencia legítima de ellos.

En cada sistema hay tres poderes: el que legisla, el que ejecuta y el que aplica las leyes, y del equilibrio o independencia de estos tres poderes, ha resultado siempre la prosperidad pública, así como de su confusión ha nacido la ruina de las sociedades. Por esa confusión de los poderes, las repúblicas desaparecerían corrompidas, las monarquías se derrumbarían al embate del descontento de los nobles o del pueblo, y los despotas caían bajo puñales asesinos. Todos estos males vino a remediar la grandiosa síntesis del Gobierno representativo.

Y en qué se funda su magnífico artificio? En la independencia y equilibrio entre el poder de ordenar las leyes, el de ejecutar la voluntad del pueblo, y el de juzgar a los ciudadanos.

Penetrados de estos principios los legisladores de Cádiz, comprendieron la necesidad de garantizar la independencia de los tres poderes por la incompatibilidad absoluta. Ni los ministros tenían voto en esta Cámara, ni los empleados podían venir a ella.

Vino el año 37, y otros constituyentes se apartaron de esta regla: nada dice de la Constitución de 1845, que conserva la compatibilidad. Pues bien, todos los males que deploramos consisten en el exceso del poder puesto en manos del Gobierno. Es preciso dar independencia al poder legislativo. Hasta ahora era perdonable que hubiera aquí empleados diputados; la indolencia de nuestra raza tal vez necesitaba este ensayo; pero hoy ya es preciso cambiar de conducta y establecer un sistema distinto. La libertad política no existe cuando en una sola mano están reunidos el poder legislativo y el ejecutivo. Nadie se pone a averiguar la independencia que tengan los empleados; pero basta que sean miembros del poder ejecutivo para que al mismo tiempo no deban serlo del legislativo, si ha de haber la separación de poderes, que es la base de este género de Gobiernos.

Señores, hay diferencia en una casa entre el dueño y los administradores. Los administradores no tienen derecho a señalarse el sueldo y a determinar los gastos por sí.

Se ha hablado del papel que representarían los comisarios del Gobierno. Yo creo que sería el mismo que representan en esta Cámara los ministros que no son diputados, y en el Senado los que no son senadores.

Yo no diré las ventajas que tienen los empleados sobre los que no lo son para satisfacer justas pretensiones. Yo sólo diré que es preciso rodear el cargo de diputado del mayor prestigio.

Votad, pues, todos este principio, y reformad sus términos si es preciso: suprimid el art. 5.º; pero dad al país esta pequeña prueba de que amais nuestro sistema, remediando un abuso grande. Recordad los desastres que a los pueblos sobrevienen de no cortar a tiempos graves males.

El Sr. CUESTA: El Sr. Ballester, para apoyar el voto particular, recomendaba la incompatibilidad absoluta como liberal. ¿Acepta este pensamiento el Sr. Nocedal? Yo creo que S. N. no propondría la ley, si lo que dice el Sr. Ballester fuera cierto. Veamos, pues, si lo es.

Puede decirse, en apoyo de esta opinión, que la nación más liberal del mundo, los Estados Unidos, tienen establecida esa incompatibilidad, y que por lo tanto debe ser liberal; pero hay que tener en cuenta que allí eso es una rueda de la máquina política, que no puede funcionar sin las demás. ¿Admitiría el Sr. Nocedal las otras ruedas que hay en los Estados Unidos? ¿Las dietas de los diputados, el sufragio universal, la Milicia nacional armada, etc., etc?

Hay más allá son también incompatibles los ministros, y en la ley que aquí se propone son compatibles, y además pueden nombrar comisarios en el Congreso. Por consiguiente, el proyecto no propone que hagamos aquí lo que se hace en los Estados Unidos; es una ley que no es liberal, y al presentarla, es consecuente el Sr. Nocedal con su sistema.

Así es, que S. N. empieza diciendo que es preciso devolver a las Cortes españolas las condiciones necesarias para su esplendor y autoridad. ¿A qué época quiere S. N. que vuelvan las Cortes españolas para devolver esas condiciones? ¿Es acaso a las Cortes del año 122 de tipo que no. ¿Es a lo que pasaba el año 1857? Pues entonces, devolvélas la compatibilidad absoluta, que era la que regía entonces.

La incompatibilidad absoluta, señores, es inaceptable, como lo es en política todo lo absoluto. ¿Cuál sería la primera consecuencia de ese sistema? Un divorcio entre la administración y el poder legislativo, que no podría ser sino la muerte del sistema representativo. Es imposible dejar de tomar en cuenta, al hacerse cargo de estos asuntos, la historia de los pueblos que viven con instituciones representativas, y lo cierto es que ninguno ha admitido la incompatibilidad absoluta, y si han querido establecerla, han tenido que desistirse muy pronto. En Inglaterra existe una ley de incompatibilidades absurdas, porque establece que son incompatibles los destinos creados desde cierta época, aunque sean ministros; y sin embargo, allí da buenos resultados. ¿Por qué? Por una cosa que está fuera de la política.

Se teme el abuso de la ley: la que tenemos necesita sin duda reforma; pero, ¿por esto hemos de hacer otra tan radicalmente nueva? No; tratemos de corregir lo que hay de malo en la actual, y esto basta. Pues he aquí lo que ha hecho la comisión.

Pero, señores, aquí estamos entre dos principios: el que requiere toda la personalidad del empleado para su destino, y el que no quiere divorciar la administración de la política. Para armonizar estos dos principios es para lo que hay que amoldarse a las circunstancias; y al hacerlo, la comisión ha obrado bajo el imperio de las actuales. Ha habido abuso en traer aquí empleados y en dar destinos a los diputados, y esto ha hecho que se establezcan reglas fijas y determinadas que no puedan dar lugar a interpretaciones en lo sucesivo. Así, pues, se han fijado condiciones de la compatibilidad la residencia en Madrid, un plazo de tres años después de creado el destino, y por último, el que los destinos compatibles sean los últimos a los que puede aspirar el empleado como empleado. Con estas condiciones se ha marcado la línea divisoria de la compatibilidad y la incompatibilidad, marcando específicamente cada uno de los destinos compatibles, aun a riesgo de pasar porque se hacía una ley más laxa que la vigente. No hay nada de esto: lo que se ha hecho ha sido especificar los destinos que están englobados en el art. 2.º de la ley actual.

El Sr. CLAROS: Mucho siento, señores, diputados, la disposición en que voy a usar de la palabra: estoy enfermo; por consiguiente, defraudaré las esperanzas del Congreso ante de marchar, y en esta ocasión una indulgencia mayor que la que de costumbre suele concederme.

Empezaré mi discurso tomando por base una idea del Sr. Cuesta que me obliga a ciertas explicaciones.

Ha dicho el Sr. Cuesta que el depositario de este pensamiento es exclusivamente el Sr. Nocedal. El pensamiento no es nuevo, señores: fué iniciado el año pasado por el Sr. Nocedal y por el Sr. Aparisi; y cabalmente fué presentado exactamente en los mismos términos que ahora se presenta. Por consiguiente no se puede decir que sea un pensamiento nuevo; pero en fin, esta es hasta cierto punto una cuestión de poco interés.

Yo debo decir al Congreso que no he conferenciado con mi amigo el Sr. Nocedal sobre las razones que puedan motivar la defensa de este voto. No creo que esto ofrezca ningún inconveniente: al contrario, podría ser muy bien que mi amigo el señor Nocedal la considere bajo un aspecto y que yo la trate bajo otro. Lo que importa es que estemos conformes en la disposición legislativa que proponemos al Congreso: el que no lo estemos en las razones que cada uno exponga, eso no importa nada: quiere decir que yo podré tener la fortuna de inculcar en el ánimo de los señores diputados las razones que yo tenga, y eso no estorba para que el Sr. Nocedal los inculque las suyas.

Ha hecho el Sr. Cuesta una indicación oportuna. Ha dicho que esta es una ley de principios, una ley eminentemente constitucional. Es exactísima esta aseveración del Sr. Cuesta, y propia de su talento y buen juicio. Debíamos una altísima cuestión constitucional: por consiguiente, permitidme, señores diputados, salir del camino trillado, y que más bien que un discurso os haga una disertación, tal vez que se trata de discutir un punto de derecho constitucional, ó de un derecho público, y si tal principio ha de ser aplicado en este ó en el otro sentido. Por otra parte, estas cuestiones, elevándolas a la región de los principios y a la esfera tranquila de las ideas, ofrecen más ventajas que las que pueden ofrecer en otro terreno, donde quizá a virtud de la acción de las pasiones políticas saldrían perjudicadas.

Tratando pues la cuestión en este alto terreno, os presentaré francamente mi manera de ver. Yo creo que la admisión de los empleados en el Congreso es nociva bajo todos aspectos: que es nociva a los empleados mismos; que es nociva al Gobierno, que es nociva al Parlamento, y que es nociva a la sociedad. Bajo esta base van a girar las observaciones que tendré el honor de someter a vuestra consideración.

Empezaré pues examinando el efecto que hace en el empleado mismo su introducción en el Parlamento, ó sea el efecto que produce en el elemento político y parlamentario. Veamos: bajo este aspecto, lo primero que a mi entender sucede es que ese espíritu parlamentario en el empleado soba su integridad de magistrado. Me explicaré, señores.

Todo empleo público en un sentido lato es una magistratura. Le están encomendados gravísimos intereses, y la verdad es, que muchas veces los empleados administrativos juzgan más sobre lo tuyo y lo mío, que los mismos magistrados. Además tienen grandes intereses colectivos sometidos a su conocimiento, bien sea en el sentido de un definitivo fallo, bien sea en el de instrucción, de informe, en fin, bajo una porción de condiciones, que a mi modo de ver les constituyen en la condición de verdaderos magistrados. Pues el resultado natural de esta posición es poner al empleado en la tentación de la prevaricación, ponerle en una pendiente a que sin duda resistirán los hombres heroicos, pero a que es muy fácil no resistan los que no estén adornados de grandes condiciones de probidad y de carácter. El empleado naturalmente dispensa gracias, y nada más natural, ni más fácil, que se las dispense a los electores, a las personas influyentes. La situación de estas dolores pretensiones establece entre ambas partes una especie de inteligencia que casi siempre ha de redundar en perjuicio de la alta integridad del empleado. Yo creo, pues, que al empleado que debe tener una posición enteramente independiente, que debe ser completamente ajeno a esas luchas, se le pone por ellas en la condición de no poder desempeñar su destino con la independencia, con la integridad debida, y que cuando menos es una fortísima tentación que debe evitarse a todo trance.

No sólo creo que locaba ese principio a la integridad del funcionario como empleado, sino que altera sus condiciones como funcionario. Las cualidades de los empleados son sobre todo la regularidad, el orden, la asiduidad; pues todas esas condiciones a mi entender, son alteradas obligándolos a venir al Parlamento, porque naturalmente el diputado no puede seguir esa misma regularidad, ese mismo orden, esas mismas condiciones de la vida apacible y serena que deben caracterizar a un empleado. Nada más opuesto a esa atmósfera de quietud y de calma que el movimiento y la agitación que reina en los cuerpos deliberantes: por consiguiente trayendo al empleado al Parlamento, le quitamos todas esas condiciones de bondad que le deben distinguir ante sus subordinados en la vida interior de su oficina; independiente de esas otras condiciones, que le deben distinguir como magistrado en su vida exterior con los particulares solicitantes.

Creo, pues, que bajo de uno u otro aspecto de la vida pública, tiene el parlamentarismo para el funcionario grandes inconvenientes: pero creo que todavía los tiene mayores considerando al empleado en su situación social de hombre privado. No sólo a mi entender le perjudica el parlamentarismo como magistrado y como funcionario, dificultando el cumplimiento de sus altos deberes en ambos conceptos, sino que le perjudica también como hombre privado, comprometiendo la buena y desembarazada posición que debe ocupar en la sociedad. Os someteré sobre estos algunos consideraciones.

Es menester que no olvidemos, señores, que todas las posiciones, mejor dicho, que todos los escatados de la vida tienen sus inconvenientes. Examinemos cualquiera que queráis, y veréis que el esbano, el abogado, el militar, el sacerdote mismo están sometidos a condiciones e inconvenientes dimanados de su posición social, que nacen de su misma situación. Por eso todas las leyes bien entendidas deben tratar de separar de ciertas carreras a aquellos hombres que no tienen tales las condiciones necesarias para desempeñarlas bien. No es pues una crítica de tal ó cual posición la que yo intento hacer. Si entrásemos en ese terreno, haría la crítica general de todas ellas, y probaría que todas tienen ciertos inconvenientes, ciertos vicios que conseguirán solamente vencer aquellos asistidos de las condiciones y la vocación propias de su profesión respectiva; pero que no los suelen vencer por desgracia los que no se hallan favorecidos por la Providencia con estas condiciones.

Pues bien: voy a examinar a esa luz las condiciones peculiares del empleado, y veréis que inconvenientes tiene ante ellas para el hombre privado la posición militante de la política, independientemente de los que le producen en su calidad de hombre público.

Examinemos, pues, cuáles son las condiciones de la vida parlamentaria; es decir, cuáles son, no precisamente las condiciones necesarias, sino los efectos naturales que le son ajenos.

La primera condición que observáis al instante, es la disipación. El hombre parlamentario tiene que ser un hombre disipado por necesidad. (Risas.) Examinado bien, y veréis que no es cosa de risa. El hombre parlamentario tiene precisión de leer los periódicos, de asistir a los casinos, de ir a todas partes para adquirir noticias y conocer con exactitud el movimiento político y enterarse de él. Si no hace esto, no cumple con sus condiciones de hombre político. El hombre político no ha de estar encerrado en un seminario, ni ha de vivir como un cenobita: hasta la murmuración le es necesaria, porque es preciso que lo sepa todo, para que pueda todo apreciarlo y juzgarlo.

Esta condición de la disipación, que es condición sencilla y sin graves inconvenientes para los demás, ¿es admisible para el empleado público? No ciertamente. Por el contrario, le perjudica y le coloca en una situación contraria a los deberes que le impone su posición social, y hace de él forzadamente una de dos cosas: ó un mal empleado ó un mal político, y lo que es lo mismo, un hombre en mala situación. Podrá a fuerza de virtud, de actividad, de talento, de discreción sobreponerse a esas condiciones; pero eso será una excepción, y las leyes no se hacen para las excepciones, sino para la mayoría de los hombres: convenid, pues, conmigo en que la disipación es una condición de la vida parlamentaria y que puede causar grandes perjuicios al empleado público como tal empleado.

Señores, esto es lo que pudiera haceros todavía mayores observaciones. No es esto de ahora; esto ha sido una condición constante de la vida pública. Entre los atenienses sabido es que los hombres públicos vivían en perpetua ociosidad, y para poder vacar a las contiendas del foro, se hacían mantener del Tesoro público. El escándalo llegó allí hasta hacerse repartir entre sí los que sacaban, como un cenobita, la defensa común a los otros pueblos de la Grecia. Entre los romanos, del mismo modo los hombres públicos, y casi puedo decirse que todo el pueblo, vivían también a costa de la humanidad sojuzgada; de tal manera, que en los pueblos libres antiguos no se concebía la vida política sin esa especie de mantenimiento a costa del esclavo ó del oprimido.

Los pueblos modernos tienen sin duda condiciones diferentes, pero que no dejan de tener su semejanza. Las conversaciones de los atenienses en los pórticos, en los liceos y en otras reuniones que eran iguales a nuestros casinos, son cosas enteramente análogas a esas conferencias que nosotros tenemos en las tertulias políticas y en los pasillos de este mismo palacio, en que se discute la política más que aquí mismo; en que entra la convicción personal que un diputado inspira a otro diputado; las observaciones misteriosas y a veces secretas sobre cosas que no conviene, sin graves inconvenientes, dar a la luz pública. Sin esa especie de movimiento, convenid conmigo, en que es incomprendible la vida política y parlamentaria; convenid también en que el hace inherente a la vida parlamentaria la disipación, y convenid también en que por ese orden necesario entre todas esas cosas, ese género de vida es perjudicialísimo para el empleado público.

Pues hay todavía más, señores. No sólo es una condición necesaria de la vida parlamentaria la disipación, sino que es otra condición necesaria la intriga. Si no os parece parlamentaria la palabra, la llamaré al aguilón, y si todavía no os parece bien esta denominación, la llamaré la agencia. Está seguramente, no podréis rechazarla; tiene un carácter hasta oficial. Los antiguos diputados se llamaban como todo el mundo sabe *Procuradores a Cortes*. Se decía, pues, que venían a *procurar*.

Ya habéis oído el otro día la bella expresión del Sr. Figueroa, que los procuradores debían ser procuradores, no del Rey, sino procuradores del reino; ¡ah, señores! Lo de menos sería que los diputados fuesen procuradores del Rey; al fin procurarían los intereses de una altísima institución, siquiera no sean los que les está especialmente encomendado guardar. Lo peor es que se conviertan a veces en procuradores de sus propios intereses, ó de los de sus amigos y electores. En honor de la verdad, señores, esta agencia es una necesidad de la vida parlamentaria, tal como la encontramos constituida; todos tenemos que hacerla: unas veces por motivos lícitos, algunas veces quizás por compromisos no tan lícitos.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado.... El Sr. CLAROS: Señor presidente, hablo de la posibilidad; digo que alguna vez podrá faltar al aguilón; hago la indicación genérica de la posibilidad de alguna agencia, menos laudable, para deducir de ella que lo que es conveniente, que lo que no ofrece motivo de crítica respecto de un particular, será siempre motivo de sospechas y de amarga censura tratándose de cualquier empleado. Esta es la única consecuencia que quiero sacar; que nosotros, los que no tenemos empleo, podemos dedicarnos sin inconveniente, tenemos que dedicarnos por precisión, movidos de un sentimiento de gratitud, a procurar por los intereses de particulares ó de amigos nuestros; pero que el empleado, al hacer eso, está completamente fuera de las condiciones de reserva que deben caracterizar todos sus pasos. No he querido decir otra cosa.

Otra condición de la vida parlamentaria, tal como están constituidas las sociedades modernas, es el lujo. Observad bien las condiciones actuales de la sociedad, y me concederéis que un hombre de parlamento, natural y aun necesariamente sometido a condiciones especiales que le obligan al lujo; no hablo del lujo en el sentido de la opulencia; hablo de ese lujo relativo que nuestra manera de ser impone a ciertas condiciones de la vida, y de que es imposible sustraiga el que se mueve en esa atmósfera.

Nadie ignora que un hombre parlamentario se ve obligado a una porción de condiciones inevitables. La agitación de su vida y las sociedades que tiene que frecuentar le hacen casi absolutamente necesario el carruaje; le es preciso tener cierto mobiliario; sillitas a doce duros; butacas a treinta, y todo lo demás a este tenor. Ahora bien; sin entrar en pormenores inútiles, yo afirmo, y creo que no me lo negará nadie, que ese mobiliario absorbe el sueldo anual de un alto empleado, aunque sea de 50 ó 60,000 rs.

Pues bien, señores: estas condiciones que son propias de la vida parlamentaria que se le pueden imponer a cierta clase de personas, ¿no están fuera de su lugar en el empleado? Convenid conmigo en que los empleados no pueden ser personas ricas, que a los empleados en todos los países se dedican las personas de la clase media que aspiran a una modesta posición social ajena del lujo. El que tiene una gran renta, de seguro no es un empleado. Habrá alguna excepción, pero los grandes capitalistas, los grandes rentistas, los grandes señores, no son empleados. Poner, pues, a un empleado en esas condiciones, es colocarle en una situación inconveniente, es forzarle a hacer gastos que no puede de soportar, y comprometerle a que los haga indebidamente; es colocarle en una posición desagradable, de la cual no puede salir bien, ó por lo menos no puede salir aminoradamente.

Creo pues, señores, haberos probado que los empleados, bajo cualquier aspecto que se les mire, no están bien en el Parlamento. No están bien como magistrados, porque comprometen su imparcialidad; no están bien como funcionarios, porque comprometen su asiduidad y la dedicación que deben tener en el desempeño de su cargo; no están bien, finalmente, como hombres privados, porque se colocan en una situación tal, que difícilmente pueden sobrelevarla no teniendo medios extraordinarios para corresponder a las condiciones sociales de esa posición en que infructuosamente se les quiere colocar.

Paso a probaros, ó intentaré al menos probaros, que en mi entender este sistema, que es nocivo al empleado en particular, también es nocivo al Gobierno. Esto encontrará al parecer mayor dificultad. La creencia ordinaria es que los empleados son ventajosos al Gobierno. Sobre este punto es menester distinguir. Si se dice que en circunstancias dadas pueden ser ventajosos los empleados al ministerio, bueno; pero si se dice que lo son al Gobierno en abstracto, al principio director y administrativo de la sociedad, lo considero un error, y creo que de ello os llegareis a convencer, en vista de las breves observaciones que pienso a hacer.

El primer inconveniente que tiene el empleado en el Parlamento para el Gobierno, es el rompimiento de las tradiciones burocráticas. Para traer aquí los empleados, tiene que haber una frecuente movilidad, y con esa movilidad viene el rompimiento del principio de la tradición que tan útil es para la buena administración y para la buena organización burocrática, como para todas las cosas.

En segunda viene también la falta de práctica. Es una verdad reconocida que la práctica es indispensable para todos, pero principalmente para las operaciones que se recomiendan más por la facilidad que por una innecesaria perfección; y de esta clase son la inmensa mayoría de las que se ejecutan en una oficina. Pues ahora bien: es evidente que la movilidad que entraña el burocratismo parlamentario no consiente a los empleados una larga duración en sus puestos, y la consecuencia necesaria es que no pueden adquirir esa práctica y esa facilidad, tan necesaria para el pronto y buen despacho de los negocios.

Sobre este particular me remitiré a lo que cada cual piensa y sabe. Si por ventura no lo sabeis por vosotros mismos, id a una oficina, preguntad, y estoy seguro que si interrogáis a los empleados subalternos inferiores, únicos a quien la modesta situación sustraía un poco a esos malaventurados cambios sobre las consecuencias de ese movimiento perturbador aplicado a sus directores y jefes, os dirán una porción de anécdotas que podrán formar una florista de ocurrencias chistosas sobre la impericia de los superiores que han visto pasar delante de sí como sombras chinecas, y que en realidad no son responsables de un estado de cosas que han creado legisladores imprudentes.

Bajo el aspecto gubernativo yo encuentro también una cosa peor que esta, y que llamaré falsifi-

cación de las actitudes gubernativas. El movimiento parlamentario de los empleados a mi entender trastorna las ideas que deberían reinar sobre este punto, llegando erróneamente a creer que los empleados deben estar adornados de cualidades que no deban realmente tener, en tanto que se les dispensa la falta de otras de que han de estar precisamente adornados. Voy a entrar en algunas consideraciones sobre este particular, a ver si convenimos en un punto que a mi entender interesa muchísimo a la buena gobernación del Estado.

El error vulgar está en suponer que saliendo de aquí probados en estas luchas, los empleados tendrían mayores garantías de capacidad. Yo creo que esto es un error. A mi entender son distintas las cualidades del hombre parlamentario y del empleado. Hay más; en mi opinión, no sólo son distintas, sino que son hasta cierto punto contradictorias. Por regla general puede decirse que al hombre parlamentario le forman la vivacidad y el ingenio, y al hombre de oficina la laboriosidad y el buen juicio.

Examinad este principio, y tendreis al instante la clave de este error y la necesidad de su reforma. El hombre del Parlamento debe tener principalmente imaginación, vehemencia, elocuencia, vivacidad de comprensión, facilidad de acción; las cualidades en fin, que forman al hombre parlamentario, si se quiere, son las que forman al artista.

Por el contrario, el empleado subalterno debe tener las cualidades contrarias: el buen juicio, la calma, la instrucción, la laboriosidad perseverante, el aplomo, en fin, las condiciones intelectuales y morales propias de su cometido, y nada de esas cualidades más brillantes, pero para el caso menos sólidas. Sacar los empleados de aquí es trastornarlo todo; es hacer que hombres que son excelentes en una posición social sean muy malos en otra.

No creais, señores, que yo he querido criticar al hombre parlamentario. He querido decirnos que por regla general son dos entidades distintas: que las cualidades del hombre parlamentario están muy mal en el empleado. No soy enemigo del arte; le amo quizás con demasiada pasión; pero digo de él lo que de las flores; que están muy bien en los jardines, pero que son una calamidad en las sembranzas y en las viñas. De la misma manera, un hombre elocuente ó meramente literario y erudito, está muy mal en una oficina, porque el aroma de su elocuencia ó de su poesía está allí fuera de su lugar, y lejos de ser útil en aquellas regiones de rigoroso cultivo, al contrario, es casi siempre un entorpecimiento para la buena administración.

No digais, pues, que debe venir aquí el empleado para que de aquí salgan a las funciones de la administración. Todo lo contrario; esos hombres deben girar en otra órbita; deben ocupar posiciones diferentes.

Y aquí me haré cargo de uno que se nos ha dirigido a los firmantes de este voto particular por la exclusión de la incompatibilidad otorgada en favor de los ministros. Prescindo de la consideración política de la cual me ocuparé en su lugar.

Yo creo que estamos en distinto caso, aun prescindiendo de esta consideración meramente de circunstancias. Es menester distinguir mucho entre el director y los subordinados. Para dirigir una sociedad no bastan solamente instrucción y talento; en ocasiones dadas es menester también el ingenio. Por consiguiente, yo quiero que el ministro tenga condiciones distintas; concepciones elevadas; aspiraciones atrevidas; que sea si se quiere, hasta temerario; porque puede haber tales ocasiones en la sociedad, que la temeridad sea una condición necesaria de la salvación, y que sea menester para salvarla un temeritoso.

Por consiguiente, no creais que esas altas condiciones de inteligencia ó de carácter las quiero yo desear para los ministros; lo que digo es que esas cualidades que están perfectamente en el ministro, no están bien en un subsecretario ni en un director. Hago pues la debida diferencia entre los caracteres del ingenio y del buen juicio; y digo que unas veces es necesario el uno y otras el otro; que el uno sirve para una cosa y el otro para otra.

A mi entender el mundo estaría perdido si no hubiera habido en él más que hombres de juicio. Cabalmente el grande empuje del progreso se lo han dado al mundo los temerarios en todas épocas; pero si muchas veces se necesita para salvar una terrible situación un general calavera, de seguro se necesita siempre que el jefe de estado mayor sea un hombre de gran instrucción y de muy buen juicio.

No se diga, pues, que yo quiero cerrar la puerta a ninguna de las grandes cualidades ó formas del talento humano; yo no quiero, que a nadie se le nieguen sus legítimas aspiraciones; lo que quiero es que cada uno esté en su lugar; que los que se sienten con grandes ideas y sistemas, tengan aquí; que cuando efectivamente la opinión pública los acepta, ellos vayan al ministerio y tengan allí hombres dóciles y entendidos que les ayuden a realizarlas. Entonces esos hombres se completarán recíprocamente. El juicio será suplido por el ingenio, y el ingenio será corregido por el juicio. Las observaciones prácticas de un subsecretario prudente y de un entendido y experimentado director ó jefe de negociado, reprimirán el vuelo, quizás demasiado alto, ó algo imprecisado, de un ministro emprendedor, y la acción de esas dos fuerzas, la vertical del ingenio y la horizontal del buen juicio, imprimirán a la fuerza social la ley magnífica de la proyección parabólica, que será siempre la expresión de la fuerza máxima del movimiento en todos sentidos.

Otro de los inconvenientes particulares que tiene a mi entender la venida aquí de los empleados, es que por medio de esa movilidad de que os he hablado antes, se acaba con las especialidades, y eso, señores, es un gravísimo mal. Permitáseme también sobre este punto unas cuantas palabras. Yo, aun cuando aparezca con el carácter de retrogrado, no le disputo a este siglo sus verdaderos títulos a la gloria. Siento que en el orden moral no esté a la altura del científico, y nada más.

Entre otros reconozco sin dificultad que ha elevado el movimiento intelectual a condiciones verdaderamente grandes. Reconoce mejor que otro alguno la necesidad de la unión de la síntesis y de la análisis, y procura una y otra con igual avidez. Aplicando el principio de la división del trabajo a las ideas y a los hombres, ha inventado una palabra que yo pronunciaré aquí un día, que no gustó a mi querido amigo el Sr. Aparisi, que quizás tampoco gustará a mi académico y purista amigo el Sr. Nocedal, pero a la cual es menester en mi opinión conceder carta de naturalización porque es europea y representa una tendencia del siglo. Esa es la de *especialización*. Pero tengamos ó no la palabra, bueno es que tengamos la cosa por ella significada. Los hombres *especiales* son una necesidad de siglo, por la sencilla razón, entre otras, de que la gran dilatación dada a todos los ramos del saber humano hace necesaria para la perfección la especialidad.

Todos los días tropezamos ya con hombres que se llaman especiales y que se autorizan con esa denominación, porque efectivamente el hombre especial dedicado a una relación sola y realizando en su estudio el principio de la división del trabajo, llega por virtud de esa dedicación exclusiva a la mayor perfección. Pues bien; los ministros, que deben tener a su disposición los hombres especiales, ó sean directores y otros empleados empapados en el ramo particular, para que les ayuden fructuosamente en sus trabajos. Para las grandes síntesis se necesitan las grandes concepciones; más para las grandes ejecuciones se necesitan las grandes y exclusivas perseverancias.

Pues bien: con vuestro sistema de parlamentarismo no matareis las concepciones, pero matais de seguro los procedimientos para llevarlas a cabo los hombres especiales.

Porque cómo se forman estos? Permaneciendo el empleado en su puesto; á fuerza de tiempo y no pasando de aquí para allá, como una devanadera, como sucede en el sistema parlamentario, en que apenas hay hombre que esté un año en un mismo destino.

Convenid, pues, en que otro de los gravísimos males que produce la incompatibilidad parlamentaria ó el parlamentarismo burocrático, es la negación de las especialidades, y en que quita una de sus grandes palancas, uno de sus grandes medios á la acción gubernativa.

Os he manifestado, señores, los inconvenientes que tiene respecto del Gobierno ese sistema que estoy combatiendo en cuanto se dirige á la memoria y al entendiendo del alma, del espíritu del Gobierno ó del poder ejecutivo; ahora os voy á manifestar los que tiene dirigiéndose á su voluntad, es decir, á su acción y á su conciencia. Vereis que también los tiene gravísimos.

El primer síntoma perjudicial que notareis es el relajamiento de las condiciones gerárquicas. El empleado que viene aquí se iguala al instante con su jefe. La alta posición de diputado no consiste por el espíritu de la ley y por el de la época la superioridad de nadie; por consiguiente en el momento que el empleado viene aquí, hay el inconveniente gravísimo de que puede ya ponerse frente á frente de su jefe, y de que este tenga que contemplarle como un igual, mas bien que como subordinado. No os demostraré los inconvenientes que esto tiene; lo dejo á vuestra consideración, porque cualquiera de vosotros sabría hacerlo tan bien cuando menos, probablemente mejor que yo.

El inconveniente que se sigue inmediatamente es el relajamiento de la disciplina. Relajados los lazos, el jefe no tendrá ya sobre sus subordinados la autoridad que antes tenía, y tras de esto se seguirá el no cumplimiento de las obligaciones de los empleados, si no estar estos al frente de sus oficinas con el celo y asiduidad que debieran; en una palabra, la perturbación que es consiguiente en una casa en el momento que los hijos no tienen el profundo respeto que deben á sus padres, ó en que los dependientes no reconocen la autoridad del superior.

Hay otro inconveniente mas grave que todos esos, y eso se dirige no tanto contra la voluntad gubernativa, ó á la acción del gobierno, como á su conciencia y justificación. Dicho inconveniente es el de excluir en la esfera del poder el principio de la justicia distributiva. En el momento que hay la incompatibilidad parlamentaria, y lo que se sigue de ella, ó sea el parlamentarismo burocrático, se acaba toda justicia distributiva respecto de los funcionarios públicos. El ministro, sea cualquiera su carácter, sea cualquiera su firmeza, sea cualquiera su probidad, ya no puede ser justo. ¿Por qué? Porque los empleados le son impuestos á causa de ese parlamentarismo y de ese que llamais juego de las instituciones; y ya no son promovidos los empleados más celosos y que mejor cumplen con su obligación, sino únicamente los más hábiles, los mas fuertes, y si me permitís la palabra, los mas intrigantes.

Este es un fenómeno que todos estamos observando, y que por consiguiente no necesito indicar. Cual sea su extensión, hasta dónde llegue, eso la mayor parte de los que están aquí son más prácticos y más conocedores que yo del Parlamento, y por consiguiente creo que podrán apreciarlo con mayor conocimiento de causa que yo, ahorrándome enojosas é inútiles explicaciones.

Si queréis ahora, señores, que os haga el resumen general de todo este punto, encontrareis que después que el parlamentarismo burocrático deteriora las condiciones del empleado como tal empleado, deteriora y vicia las condiciones de la entidad gubernativa; deteriora por consiguiente primero el individuo, y luego la institución de que forma parte.

Primeramente es herido el principio director de la sociedad en tradicionalismo, que es como una de las potencias de su alma; la memoria del espíritu ministerial; lo es también por el trastorno de los hábitos y de las prácticas, que es otro fenómeno de ese mismo tradicionalismo. Seguidamente el vicio pasa al entendimiento, á inteligencia la gubernativa por la falsificación de las aptitudes, trayendo al Gobierno hombres que serán dignos para otras cosas, pero no son á propósito para ser buenos empleados. Y por fin, que pervierte de una manera lastimosa la conciencia administrativa y sus altas atribuciones remuneradoras, quitando la justicia en los ascensos y las recompensas, y con ellas todo sentimiento de emulación, que es la verdadera clave para hacer buenos empleados, para hacerlos adictos y sumisos al Gobierno; para excitar en ellos el sentimiento de sus importantísimos deberes.

Me propongo también, señores, probar que no solamente es perjudicial, ó al menos nocivo el principio del parlamentarismo burocrático al empleado como individuo; que no solamente lo es también al principio gubernativo como entidad, sino que lo es también al principio parlamentario.

El primer mal que se sigue de ahí al principio parlamentario es la falsificación de la verdad electoral. No haré más que indicaciones, dejando á vuestro buen juicio sacar todas las consecuencias que queráis de ellas. Como podéis comprender, en la actual constitución de nuestra sociedad, en que los intereses privados están concentrados y sujetos á la acción administrativa, los electores están siempre poderosamente influidos por los empleados. Por consiguiente, la candidatura de cualquier empleado ejerce un efecto irresistible y quita toda probabilidad de triunfo á cualquiera otra que con elementos propios pueda presentarse. ¿Ves por ventura que pueda salir nadie elegido, sino en casos excepcionales, cuando un empleado se presenta y dice: quiero ser diputado? Pues entonces creo que tengo razón para decirlos que el primer vicio del burocratismo parlamentario es la falsificación del principio electoral. Os pido que lleéis las lagunas que yo dejo abiertas. No quiero dar hoy nada al sentimiento ni á la pasión política, os dije ya que me proponía hacer una disertación, no un discurso.

Toda la parte de sentimiento y de pasión política que pueda haber en esto, yo la reservo á vuestra imaginación. Podréis citarnos 20,000 ejemplos que no necesito yo invocar.

Voy á hacerme cargo en este punto de algunas indicaciones que se han hecho sobre la necesidad aquí de la cooperación y las luces de los empleados. En primer lugar, con el último artículo de nuestro proyecto, creo que quedan vencidas esas dificultades. ¿Decís que son necesarias las luces de los empleados? Pues que vengan todos los que quieran. Por ventura, ¿nosotros nos oponemos? Todo lo contrario; autorizamos al Gobierno para que los lleve á las comisiones y para que los traiga aquí á la discusión. Queremos toda la suma de luces que puedan ofrecer al Gobierno. No se diga, pues, que tratamos de lanzar de aquí la suma de conocimientos y de ilustración que los empleados puedan ofrecer; lejos de eso. Los queremos, pero con condiciones enteramente distintas, con condiciones mejores; y sino, permitidme una observación. El empleado que viene aquí como diputado, viene de cuenta propia; de consiguiente, tanto pueden tener en él un representante las ideas gubernativas, como pueden tenerle los principios más opuestos á la gubernación.

Por el contrario, cuando venga por el Gobierno, entonces representará lo que debe: el conocimiento de los negocios públicos, las tradiciones administrativas, los conocimientos especiales, en fin; esa suma de datos que reflejan, digámoslo así, como una gran luz desde un foco determinado y que se proyectan sobre todas las cosas que queremos con esa luz iluminar.

Notese, pues, la inmensa diferencia de un sistema á otro.

Me haré cargo de una indicación ú objeción que se ha hecho relativamente á este particular, á sa-

ber: la falta de autoridad que en tal caso tiene el empleado. ¿Por qué, señores? En verdad que si me acordase ahora, citaría unos muy conocidos versos del abate Casti, aplicados en sentido diametralmente opuesto al que yo me propongo, pero que tienen, á mi entender, una verdadera oportunidad. El abate Casti, hablando de esos Principes enteramente destituidos de talento y á los cuales prodiga insoportables encomios la vil adulación, dice con gracia: «Toma el hombre más idiota que encuentres en la calle, haz de él un Monarca, y al instante llueven sobre él los favores del cielo.»

Tutto il favor del ciel sopra lui piove.

Pues lo mismo digo yo ahora de los diputados empleados. Esos empleados que antes no sabían nada, ó cuyos talentos al menos no conocía nadie, en el hecho de venir aquí se convierten en pozos de sabiduría, de tal manera, que no parece sino que se hace con ellos la imposición de manos religiosa, y que á virtud de ella baja sobre ellos el Espíritu Santo.

Yo creo que el empleado sabe lo mismo en un caso que en otro. Creo además que tiene más autoridad como empleado que como diputado; diré por qué. El diputado puede despertar en otro diputado un sentimiento de antipatía, de envidia, de resentimiento, de rivalidad por adversario suyo, ó por cualquier otra causa, y ser oído por consiguiente con prevención; mientras que el empleado que viene como empleado, que no vota, que no tiene ninguna contienda, ni espíritu de partido, ni motivo de rivalidad que haya producido resentimiento, es oído con toda benevolencia, y á sus palabras se da toda la autoridad que merecen las de una persona que viene aquí á exponer sus ideas con la autoridad y el sentimiento del deber, además de lo que se deriva de su ilustración y experiencia. Por consiguiente, señores, las observaciones que en contra de nuestro voto se hacen en ese sentido están fuera de su lugar, porque nosotros no rechazamos á los empleados; lejos de eso, ya habreis notado por nuestro proyecto que somos más amigos del Gobierno que el Gobierno mismo, porque queremos traer aquí todos los empleados que apetezca, y enteramente subordinados á sus miras.

Miro en este momento al señor ministro de la Gobernación y caigo en la tentación de hacerle una interpelación completamente amistosa. ¿Por qué S. S. cuyo talento no ha negado nadie, que está reconocido por todos como un publicista de los más distinguidos, que sabe de estas cosas (su señoría sabe que esto lo digo sin afectación de ningún género), que sabe de estas cosas cuando menos tres veces más que yo, por que no viene á echar en el platillo de la balanza el peso de su inmensa autoridad, para hacer pasar una ley, que que no es de Unión liberal, ni moderada, ni progresista, sino que sienta un altísimo principio de Gobierno. (El Sr. Escosura: Precisamente es todo lo contrario.) No me dirijo al señor presidente de la comisión; estoy interpelando amistosamente al señor ministro de la Gobernación, y no al señor presidente de la comisión, que en este instante no era aquí llamado, aunque su voz es siempre grata para mí.

Yo interpele al hombre de gobierno, y cómo esa cualidad se la concedo yo sinceramente al señor ministro de la Gobernación, le rogaba que echase el peso de su autoridad por todos reconocida en esta cuestión; el peso de su autoridad con tanta más razón, cuanto que según me dijo mi compañero, en las sesiones hubo de decir S. S. algo de donde pudiera colegir que si no le retiraban consideraciones ajenas á su puesto, no sería enteramente adverso á esta disposición. Pues en tal caso (hablo hipotéticamente) yo diría que apelaba como aquella vieja griega, Filipo en ayunas, es decir, al insigne publicista del comprometido ministro; cuyo voto yo estimaría tanto por lo menos como el que más.

Téngase pues entendido, señores, que nosotros no rechazamos la venida aquí de los empleados; la queremos por el contrario en cuanto pueda ser necesaria, y por consiguiente todos los argumentos que se nos dirigen en este sentido caen por su base solo con la lectura del art. 4.º de nuestro proyecto. Pero si los empleados son útiles, utilísimos para el Parlamento viniendo para ilustrar las discusiones, á mi me parece que son perjudicialísimos cuando vienen como diputados; yo creo que la venida de los empleados aquí completa la falsificación del principio parlamentario, iniciada en los colegios electores, y sobre esto, voy también á hacer algunas observaciones.

Ya os dije cómo era un principio de falsificación del sistema en los colegios electorales; pues ahora examinaremos un poco el Parlamento, veremos la manera de funcionar interiormente el Parlamento; y creo que con una ó dos reflexiones que os haga, os convencereis de que el empleado en el Parlamento no sirve mas que para perturbar las funciones de esta clase de organismo político.

La presencia aquí de los empleados, y no digo solo en nuestro Parlamento, sino en cualquier otro país donde el Parlamento exista, produce ciertos resultados que son á mi entender vituperables y muy nocivos. Tal es la existencia dentro del Parlamento de una organización gubernativa; organización en cierta manera necesaria, porque como siempre quedan una porción de empleados que no son amigos del gobierno y que le hacen una oposición cruda, el gobierno tiene que organizar el Parlamento contra esta oposición, organización que tiene que ser tanto mas vigorosa cuanto mas vigorosa es la oposición que tiene enfrente. Resulta de esto que el Parlamento queda organizado como un regimiento: todos vosotros recordareis aquella frase del *tauto de codos*, que ciertamente no ha sido invención mía; expresión felicísima que basta por sí sola para daros una idea de los inconvenientes de esa organización.

Pues bien, señores: os voy á manifestar, ó mejor dicho, voy á manifestar al público, porque todos vosotros lo sabéis tan bien ó mejor que yo, los inconvenientes de ese tacto de codos. El primero está en la organización de las comisiones. Las comisiones son la gran preparación que tienen los Parlamentos para ilustrar los negocios, y sería ahora inútil que yo hiciera el elogio de una cosa que existe en casi todos los reglamentos parlamentarios. Pues bien: ¿cuál es el resultado de esa organización burocrática del Parlamento á consecuencia de venir aquí empleados? Esta organización constituye las comisiones con un carácter enteramente administrativo, excluyendo de ella á los hombres prácticos, que son cabalmente los que más interesa ó al Gobierno; porque á esos empleados los puede oír cuando y en la forma que quiera. La expulsión, pues, de esos hombres prácticos de las comisiones es un mal gravísimo, y no necesito yo demostraroslo á vosotros, pero es menester decirlo aquí para que el país lo sepa, para que se ilustre, y para que lejos de rechazar esta reforma que entraña la salvación del régimen representativo, le preste todo su apoyo.

Pudiera presentaros ejemplos insignes, pero me bastará con uno notabilísimo y de hace muy pocos días. Se trataba en una sección de nombrar un individuo para la comisión de Guardia rural. Un señor diputado hizo algunas observaciones luminosas sobre el proyecto, y aspiraba, no precisamente á ser él nombrado, sino á hacer prevalecer sus fuertes convicciones. Algunos quisieron designarle para el puesto, con tanta más razón, cuanto que nadie lo solicitaba ni contrariaba sus doctrinas. Al instante se planteó por un ministerial celoso la cuestión de si era ó no era de oposición, y el diputado manifestó que pertenecía á la mayoría, que apoyaba al Gobierno, pero que en este proyecto quería hacer algunas observaciones. Terciaron sin intención ninguna hostil, y solo para que sus estudios y los de su provincia en este ramo importante se tuvieran en cuenta, varios señores en el debate, y yo mismo hubiera querido tomar parte, pero me abstuve por una razón de prudencia.

Yo, como diputado de oposición, aunque en el fondo estaba conforme con el Gobierno en que esta institución debía ser una fuerza militarmente organizada, comprendía la necesidad de que aquel diputado que estaba hablando discretísimamente y que hacía observaciones oportunísimas, fuera á la comisión, pero pensé que siendo yo conocido por adversario del Gobierno, mi apoyo podía hacerle más daño que provecho, y callé. Se hizo la observación ordinaria de que era menester que fuera el nombrado un diputado adicto al Gobierno, y se indicó el que había de ser. Pues aquí entra lo más gracioso del caso: el indicado era un diputado dignísimo y adicto al Gobierno; pero con una modestia que le honra, dijo que él no podía servir de nada al Gobierno en esa comisión, porque no tenía conocimientos especiales en esa materia, y pidió encarecidamente una, dos y tres veces que le excluyesen de ese honor para el cual no se consideraba con títulos, y que no se había propuesto jamás pretender.

Pues á pesar de eso fué nombrado el modesto recalcitrante y el otro no lo pudo ser. No he citado nombres propios, pero eyéndome están los que intervinieron en la cuestión.

Ya podéis conocer si yo tengo derecho para criticar esta manera de ser. Yo no critico al Gobierno; sé que no toda la culpa es suya, porque aquí se puede citar aquel consejo que daba Talleyrand á los diputados jóvenes en la audiencia de despedida: *el sur tout point de zèle*; nada de celo. Los ministros serían muy felices si lograran inculcar en la mente de sus amigos políticos esta máxima para que no fueran demasiado celosos, porque en este caso, por ejemplo, que acabo de citar, sin intención ninguna por parte de los que le nombraron, el resultado fué que el elegido, aunque dignísimo, honradísimo y nobilísimo, porque se trata de un título de Castilla, según propia confesión podía servir de poca cosa al Gobierno en una cuestión para la que creía carecer de competencia.

Os he señalado los inconvenientes de la organización burocrático-parlamentaria respecto de las comisiones: ahora permitidme señalarlos los que tiene aquí mismo en las discusiones de la Cámara.

Señores: la discusión no es la guerra. La discusión es el examen pacífico de tal ó cual opinión. ¿Pues sabéis lo que lograis con traer aquí á los empleados? Pues no haceis otra cosa que convertir una discusión que debe ser pacífica en una guerra sangrienta. No puede suceder otra cosa. Los que no discutimos en este sitio más que los intereses generales del país, lo hacemos quizá alguna vez con vigor y vehemencia, y esta fe y este vigor suelen algunas veces acalorar las discusiones; pero todo concluye en el salón de conferencias. Allí no reinan más que la cordialidad y la benevolencia. Y no puede menos de ser así. Á la altura en que se halla ya la tolerancia de las opiniones en esta época, una manifestación de malevolencia por una divergencia meramente política, sería un objeto ridículo ó repugnante. ¿Qué diputado de opiniones distintas se ha detenido jamás en pedir un favor á un compañero, cuando en ello no se interesaron sus compromisos de lealtad? Pero francamente, señores, ¿podéis decir otro tanto de los diputados empleados respecto de los adversarios, en los cuales ven su rival ó sucesor futuro?

Pudiera recordaros varias escenas que habeis presenciado en este mismo sitio. Me contento con esta simple alusión, y no digo más.

Señor presidente: me queda aún algo que decir; no quisiera molestar al Congreso después de haber terminado las horas de reglamento. Si á su señoría le parece bien, haré mañana el resumen de las cuestiones que he tocado, y expondré al Congreso mis últimas consideraciones sobre esta importantísima cuestión.

El Sr. PRESIDENTE: Lo dejo á disposición de su señoría; si S. S. cree que puede concluir pronto, no hay inconveniente en que termine su discurso: si no, puede dejarlo para mañana.

El Sr. CLAROS: Toda vez que S. S. lo deja á mi disposición, prefiero continuar mañana, y podrá principiarse la sesión con mi breve discurso; quedando tiempo suficiente á los distinguidos oradores que dirigirán su elocuente palabra al Congreso.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Orden del día para mañana: Continuación del debate pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y cuarto.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DEL DIA. San Benito, abad.
SANTO DE MAÑANA. San Desgracias, Obispo.
CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de religiosas de Santo Domingo, donde continúa la novena de la Virgen de los Dolores, á las diez habrá Misa mayor y sermón que predicará D. Hilario Guerrero, y por la tarde, en los ejercicios, D. Raimundo Carrillo.

En la iglesia de monjas del Sacramento, habrá por la tarde ejercicios con manifiesto, *Miserere* y sermón que predicará D. Juan Moreno.

Continúan celebrándose con la solemnidad que los días anteriores, las novenas y setenarios de la Virgen de los Dolores, y serán oradores: en las Recogidas, D. Guillermo Martínez, en la Misa mayor, y D. Juan Barbero, en los ejercicios de la tarde; en las Arrepentidas, predicarán por la mañana D. Eugenio Aguado, y D. Gregorio Megia, por la tarde; en Santo Tomás, el Padre José Montalbán y D. Basilio Sánchez Grande; en San Sebastián, D. Eusebio Cuenca, y D. Cesáreo González; y en los Servitas, D. Ramon García de los Santos y D. Ignacio Ibarra; sólo por la tarde predicará en San Luis, D. Gregorio Montes; en D. Juan de Alarcón, D. Vicente Pastor; en las Escuelas Pías de San Fernando, el Padre Domingo Sierra; en San Andrés, D. Manuel González; en las Calatravas, don Mateo Yagüe; en los Irlandeses, D. Santos la Hoz; en San Marcos, el Padre Montalbán. También predicará por la noche en San Ignacio, D. Cipriano Sevillano; en San Pedro, el Sr. Yagüe; en San Lorenzo, D. Miguel Fernández; en Loreto, el Sr. González; en el Colegio de los Doctrinos, D. Benito Romera; en San Martín, D. Ambrosio de los Infantes; en San Ginés, el Sr. Grande; en San Isidro, don Pedro Palomeque y en Monserrat el Excmo. señor Claret.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de Valvanera, en San Ginés; ó la de la Piedad en San Millán.

Se reza de San Gabriel Arcángel, con rito doble mayor y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

MERCADOS.

Entrada por las puertas en el día de ayer.

4,586 arrobas de trigo.

514 idem de harina.

5,057 idem de carbón.

125 vacas, que componen 50,541 libras de peso.

592 carneros, que hacen 9,955 libras de peso.

Precios de artículos al por mayor y menor.

Carne de vaca, de 5,200 á 5-400 escudos arroba y de 0-256 á 0-260 libra.

Idem de carnero, 0-260 á 0,506 escudos libra.

Idem de ternera, de 9 á 9-800 escudos arroba, y de 0-500 á 0-600 libra.

Despojos de cerdo, de 0-200 á 0-256 libra.

Tocino anejo, de 9 á 9-400 escudos arroba, y de 0-400 á 0-450 libra.

Idem fresco, á 0-350 escudos libra.

Idem en canal, de 5-900 á 6,100 escudos arroba.

Jamon, de 12-400 á 15-400 escudos arroba, y de 0-600 á 0-700 libra.

Acete, de 6-600 á 6-900 escudos arroba, y de 0-256 á 0-260 libra.

Vino, de 4 á 4-600 escudos arroba, y de 0-118 á 0-160 cuartillo.

Garbanzos, de 4-400 á 6-600 escudos arroba, y de 0-190 á 0-284 libra.

Arroz, de 5 á 5-800 escudos arroba, y de 0-418 á 0-160 libra.

Lentejas, de 1-900 á 2-500 escudos arroba, y de 0-096 á 0-118 libra.

Carbon, de 0-750 á 0-800 escudos arroba.

Jabon, de 6-500 á 6-700 escudos arroba, y de 0-256 á 0-260 libra.

Patatas, de 0-650 á 0-750 escudos arroba, y de 0-050 á 0-042 libra.

Precios de granos en el mercado.

Cebada, de 2-200 á 2,500 escudos fanega.

Algarroba, á 2-200 id id.

Trigo vendido, 1,503 fanegas.

Precio medio 4,555 escudos id.

BOLSA DE MADRID.

Cotización del 20 de Marzo de 1866, á las tres de la tarde.

FONDOS PÚBLICOS.

Títulos del 5 por 100 consolidado, publicado, 40-00, 40-10, 05 y 10; á plazo, 39-80, 40-10 y fin cor. vol., y 40-50 fin próf. vol.

Idem del 3 por 100 diferido, publicado 57-05 y 57-00; á plazo, 57-20 fin cor. vol.

Deuda amortizable de primera clase, no publicado, 00-00 d.

Idem de segunda, publicado, 00-00.

Idem del personal, no publicado, 24-55 d.

Obligaciones municipales al portador, de á 1,000 reales, id., 69-60 d.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 89-10.

Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual, emisión de 1.º de Abril de 1850, de á 4,000 reales, no publicado, 86-00 d.

Idem de 2,000 rs., no publicado, 88-50 d.

Idem 1.º de Junio de 1851, de á 2,000 rs., idem 86-00 d.

Idem 51 de Agosto de 1852, de á 2,000 rs. publicado, 82-00 d.

Acciones del canal de Isabel II, de 1,000 rs. 3 por 100 anual, primera emisión, id., 101-00 d.

Acciones del canal de Isabel II, segunda emisión, no publicado, 105-50.

Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles, publicado, 75-50 y 40.

Acciones del Banco de España, no publicado 418-50 d.

CAMBIOS.

Londres, á 90 días fecha, 48-40 d.

Paris, á 3 días vista, 5-02.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 20 de Marzo de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m...	639,42	2,3	2,9	S. S. O.	Lluvia.
9 m...	639,45	4,6	5,3	S. S. O.	Cubierto.
12 m...	638,36	6,7	8,4	S. O.	Idem...
5 t...	638,10	7,1	8,9	S. O.	Nubes.
6 t...	639,40	4,3	6,0	O.	Cubierto.
9 n...	631,43	5,7	4,6	O.	Nubes.

Temperatura máxima del día. 7,9 9,9

Temperatura máxima al sol. 10,4 13,0

Temperatura mínima del día. 2,0 2,5

Evaporación en las 24 horas. 1,6 milímetros.

Lluvia en id., id. 2,0 id.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun los partes recibidos, ayer ha llovido en Cáceres, Ciudad-Real, Cuenca, Guadalajara, Lugo, Murcia, Salamanca, San Sebastian y Toledo.

SECCION DE ANUNCIOS.

GALERÍA CATÓLICA.

COLECCION DE LITOGRAFÍAS

REPRESENTANDO LAS PRINCIPALES ESCENAS DE LA VIDA DE JESUCRISTO, DE SU SANTÍSIMA MADRE, DE LA IGLESIA CATÓLICA Y DE LOS SANTOS;

CON TEXTO EXPLICATIVO Y DOCTRINAL AL DORSO DE CADA LÁMINA

POR VARIOS SEÑORES ECLESIASTICOS

Y OTROS REPUTADOS ESCRITORES.

MONUMENTO

ELEVADO

Á NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO IX, PAPA REINANTE,

Y DEDICADO

á los Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de España.

A los seis meses de inaugurada la GALERÍA CATÓLICA nos cupo ya la satisfacción de ver, no diremos superadas, pero sí coronadas con honra nuestras esperanzas sobre su buen éxito. En todas las provincias y diócesis, nuestra idea ha sido acogida con favor, unánimemente celebrada y secundada según nuestros deseos, como puede verse por las correspondencias que hemos insertado en las cubiertas de varias entregas. Y por último, hemos tenido la dicha de que Su Santidad la acogiera también muy benevolente, animándonos á no cejar en la santa empresa que hemos emprendido, como puede verse en las cartas que van incluidas en nuestros prospectos.

Hoy, que con tanto escándalo se difundía la pintura licenciosa de los vicios, inspirada por el libertinaje y ejecutada por el genio arrastrado por menguadas pasiones, justo es oponer al dibujo desmoralizado y desmorizador, el dibujo moralizador y católico que, representando los divinos atributos del Dios del Calvario y las virtudes heroicas del Cristianismo, personificadas en la pura Madre del Salvador, y en todos sus Santos, evita los funestos estragos que aquel intenta, haciendo éste revivir en las almas la amortiguada fe y el debilitado fervor. Este medio de moralización, que con tan venturoso éxito para la propaganda del bien han adoptado otras naciones, es el que está ensayando el Editor de esta GALERÍA, en cuyas magníficas láminas se verán representadas las más notables escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, todos los cuadros de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, los Santos Apóstoles y fundadores de Ordenes religiosos, con los héroes que han proporcionado á la Iglesia; los Mártires y Virgenes, los Concilios de la Iglesia, los hechos más notables de la historia en sus relaciones con el Cristianismo, y hasta los lugares más célebres de la cristiandad; y en cuyas estampas van unidas la perfección del arte y la baratura.

Condiciones y bases de la publicación.

1.ª La GALERÍA CATÓLICA sale el 1.º de cada mes, en entregas con cubiertas de color, formando cada entrega dos hojas dobladas que contienen cuatro láminas de tamaño más de folio, en papel bueno y fuerte, cual exigen unas láminas destinadas, si se quiere, para colocar en un cuadro, aunque pueden servir más propiamente para formar un libro ó álbum religioso, por llevar al dorso en dos columnas guarnecidas de filetes un texto explicativo y doctrinal, debido á escritores muy competentes. —Quizá más adelante se puedan publicar dos entregas mensuales.

2.ª Dividimos esta publicación en diferentes series, siendo el distintivo de ellas la letra que contigua al número ponemos al pie de la explicación de las láminas; y por cada serie daremos á su tiempo una portada é índice para los que gusten tenerlas en tomos separados.

3.ª La suscripción, mientras se publique sólo una entrega mensual, se fija en 15 rs. por trimestre.

—Los trimestres comienzan en enero, abril, julio y octubre, en cualquiera de los cuales puede hacerse la suscripción; si bien proporcionaremos á los nuevos suscriptores, si quieren, á los precios indicados las entregas que hubieren salido en el trimestre ó trimestres anteriores al que se suscriban